

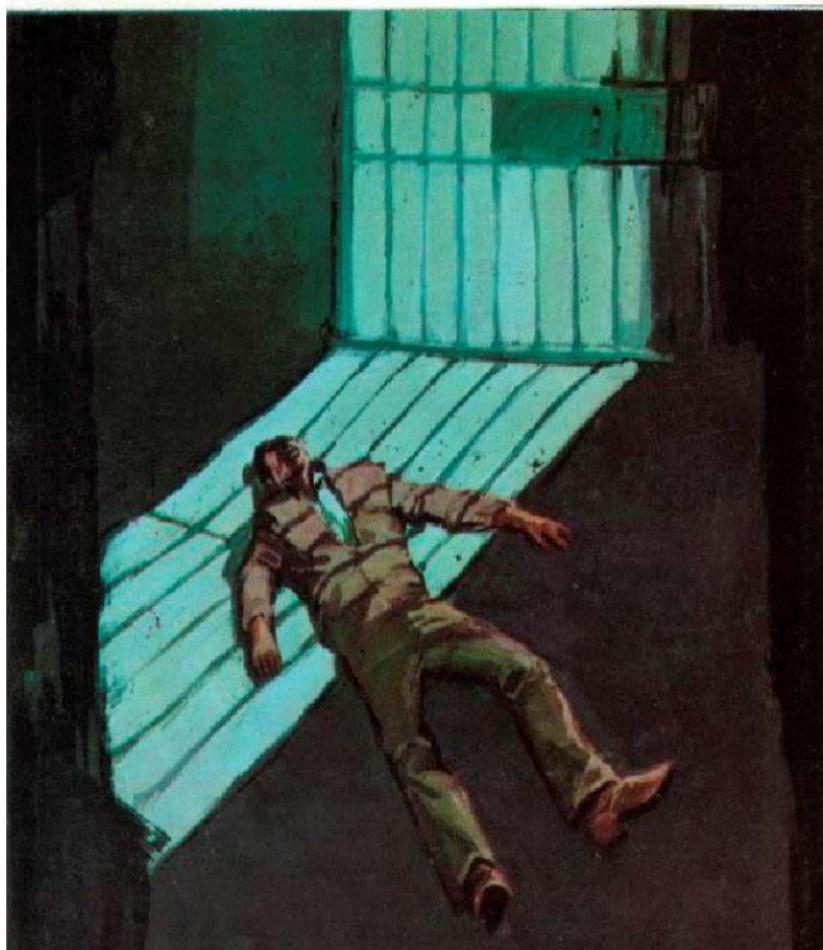
BOZILBROS BALQUERA

PUNTO

ROJO

OPERACION «GOLD»

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



KELLTON McINTIRE

OPERACION GOLD

Colección **PUNTO ROJO** n.º 807
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.894 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1977

© Kellton McIntire - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

—Tengo cuarenta millones de dólares en oro —dijo Karmel, con voz estropajosa.

Ninguno de los cuatro individuos que permanecíamos en los urinarios de la galería c le prestamos la menor atención... porque todos estábamos tan borrachos como el mismo Ben Karmel.

Uno de nuestros camaradas, Hal Dodge, había conseguido aquella mañana tres kilos[1] de ginebra. A un precio verdaderamente abusivo: treinta dólares por botella.

Pero así es la cárcel. Como, por lo general, las bebidas alcohólicas están prohibidas o sumamente controladas, adquirir una sola botella suele costar un ojo de la cara.

Como decía, estábamos en los urinarios Fred Kimble, Ben Karmel, Hal Dodge y yo mismo, Frank Devine.

Una partida de dados nos había costado un mes de arresto. Y el arresto consistía en limpiar los urinarios de la galería c durante aquellos treinta días.

De las tres botellas de ginebra apenas quedaban dos dedos. Es decir, un pequeño trago para cada uno, cantidad que fuimos espaciando durante todo el tiempo posible.

Estábamos, como digo, muy borrachos, tras una larga abstinencia alcohólica dentro de la prisión.

—Sé dónde está el oro, lo sé... ¡Lo tengo grabado aquí! —repetía Karmel, golpeándose la frente con el puño.

—¿De qué oro hablas, viejo? —le pregunté, convencido de que el *gángster* me clavaría a continuación una fantástica batallita.

Karmel dejó caer su manaza sobre mi hombro.

—De cuarenta millones en... lingotes de oro —insistió machaconamente—. Todos nosotros podríamos convertirnos en millonarios.

—No le hagas demasiado caso, Frank —me dijo Kimble—. El

viejo está «majara». Cada vez que se coloca, empieza a contar su historia de los cuarenta millones de dólares.

Fumamos cigarrillos y apuramos, con pena, la botella. Hal se alejó hacia uno de los W. C., para deshacerse de ella de la misma forma que había hecho con las anteriores: convirtiéndolas en añicos y arrojando éstos al W.C.

Desde la galería se oyó un leve silbido.

—¡Agua! —exclamó Kimble, alarmado—. Es el aviso de Chato Brown. ¡Viene para acá el señor Marlowe!

El señor Marlowe era el funcionario de vigilancia en la galería. Padecía del hígado y solía descargar su mal humor sobre los presos, por lo que todos nos pusimos en pie, tomamos las escobas y fregonas y nos separamos.

Ben Karmel se tambaleaba y canturreaba entre dientes.

—Cállate —susurré—. Si Marlowe llegase a adivinar que hemos bebido, nadie nos libraría de tres meses en las celdas de castigo.

Marlowe apareció unos segundos después en la puerta.

Era un hombre alto, fornido y tripudo, de faz cenicienta y párpados sanguinolentos.

Entró, miró los servicios y pareció satisfecho de nuestro trabajo.

—Fuera —ordenó—. Basta por hoy.

Yo mismo me encargué de recoger los utensilios de limpieza y también de guardarlos en una estrecha taquilla dotada de una puerta metálica que el vigilante cerró con llave.

Abandonamos el departamento de servicios higiénicos y Marlowe nos escoltó hasta nuestras celdas, en la cuarta planta de la galería C.

Poco después repartieron el rancho. Comí y me dejé caer en mi camastro.

Pensé en Ben Karmel, condenado a cadena perpetua.

Karmel estaba en la cárcel porque había sido un delincuente peligroso, un *gángster*, un asesino. Había sido condenado a muerte, pero su abogado le libró mediante un recurso al que aportó los testimonios de varios psiquiatras, según los cuales Karmel padecía una grave psicopatía.

Llevaba diez años en prisión, tenía sesenta de edad y, por supuesto, no esperaba alcanzar jamás la libertad.

Desde luego, parecía evidente que lo de la psicopatía había sido

un fraude a la ley, porque Karmel se comportaba en prisión como el hombre más sensato.

Era, sí, huraño y violento, salvaje y desordenado a veces... como el noventa por ciento de los reclusos.

Sin embargo, Fred Kimble aseguraba que el viejo estaba «majara», es decir, loco.

Sentía mucha curiosidad por oír la historia de Karmel desde el principio hasta el final, pero, cosa extraña, en las dos ocasiones en que el viejo *gángster* había comenzado a hablar de ello —siempre bajo los efectos del alcohol—, alguna causa fortuita había venido a impedir una explicación más completa.

Por supuesto, yo no creía en su historia, pero sí experimentaba una gran curiosidad, lo confieso.

Me prometí a mí mismo hablar a solas con Karmel e incitarle a contarme su extraña fábula.

Hube de esperar veintitantos días. Justamente hasta que terminó nuestro arresto, pues no quería interrogarle ante la presencia de Dodge y Kimble.

Para conseguirlo, hube de gastarme treinta dólares en cartones[2] para adquirir un kilo de ginebra.

Nos aislamos en un rincón apartado del patio general y, disimuladamente, comenzamos a libar el licor.

Cuando los ojos de Karmel se pusieron mortecinos, por efecto del alcohol, me lancé a la carga.

—Supongo que lo de los cuarenta millones en oro sólo era una broma —insinué.

Me miró, desconfiado.

—¿Tratas de sonsacarme? —Gruñó.

—Todos piensan que chocheas, viejo, pero yo opino que tu historia puede ser muy interesante —respondí.

Tal vez le halagaron mis palabras, porque su expresión se relajó notablemente.

—Yo podría cubrirles de oro a todos —declaró.

Le di un cigarrillo y fumamos. Las manos de Karmel temblaban.

Sentí conmiseración de aquel hombre, cuyo destino era terminar sus días en la prisión.

Karmel cumpliría los sesenta años, dos meses más tarde. En cuanto fuera sexagenario, le trasladarían a una prisión para viejos,

donde todavía se sentiría más triste y solitario.

Decidí no acosarle a preguntas. Lo más seguro sería que Karmel rompiera a hablar por propia iniciativa en cuanto hubiera probado un par de sorbos más de ginebra.

Le di la botella y bebió.

—Tú eres un buen chico, Frank. Tal vez...

—¿Qué?

—Tal vez me convenga confiar en ti. Yo... no necesito mucho dinero. Soy viejo ya y me bastaría con cien mil dólares. En realidad, sólo ambiciono una cosa.

—¿Cuál?

Las ventanillas de su nariz se dilataron. Karmel inspiró profundamente el aire frío del patio penitenciario.

—La libertad —respondió. Y sus ojos se encendieron—. ¡No quiero morir en la cárcel, no quiero enfermar y arrastrarme por los suelos implorando que me echen una mano!

—Cálmate —dije, impresionado por su actitud—. Hablemos. ¿Por qué no lo cuentas todo? No pretendo que me digas dónde está ese oro, sino que me cuentes la historia.

Asintió.

—Hablaré claro —dijo—. Empezaré diciéndote que hace doce años yo trabajaba para el poderoso Charlie Ravani. ¿Oíste hablar alguna vez de Ravani?

—Lo recuerdo. Era el jefe del *gang* más poderoso de toda California —asentí.

Karmel me arrancó la botella de entre las manos y bebió con ansiedad.

—Ravani era poderoso, sí —expresó tras secarse los labios con el dorso de la mano—. Poseía una habilidad especial para situar espías en todas partes, y así fue cómo recibió el soplo procedente de la Gold Californian Limited...

Comenzaba a sentirme más y más interesado por el relato del viejo Ben Karmel. Pero no le interrumpí.

El *gángster*, con la mirada perdida en el vacío, hablaba fluidamente.

CAPÍTULO II

—Doce millas de raíles —dijo Ravani—. Eso es exactamente lo que necesito.

Daffie, el bello Daffie, rubio y atlético, mano derecha de Ravani, lanzó una imprecación.

—Me sorprendes, Charlie. ¿Es que vamos a trabajar ahora como chatarreros? —exclamó.

También parecían muy sorprendidos los hombres fuertes del grupo escogido de Ravani: Hugh Johnson, Ben Karmel, Chad Grove y Andy Amato, un joven italiano, sobrino del propio Ravani.

—Necesito esas doce millas de raíles —insistió el jefe del *gang*, ante el estupor general.

Y no dio más explicaciones.

Ravani atribuía el noventa por ciento del éxito de sus operaciones al sigilo y secreto con que siempre actuaba. Hasta el último momento del golpe más colosal, nadie, excepto él, sabría cuál era exactamente el objetivo.

Para Karmel, en principio, todo aquel asunto era absurdo.

Pero los hombres de Ravani habían aprendido a obedecer sus indicaciones sin rechistar.

—Luego tenía razón al suponer que íbamos a convertirnos en chatarreros —comentó Jack Daffie, irónico.

—Sí —afirmó Ravani—. Acabo de registrar a mi nombre una compañía dedicada a la compra de chatarra. Nos pondremos en contacto con varias compañías de ferrocarriles y adquiriremos su material de desecho. Digamos que oficialmente ese material será destinado a la fundición. Pero lo cierto es que yo pienso utilizar esos raíles.

En poco más de dos semanas, Charlie Ravani había conseguido sus doce millas de raíles, que fueron depositados en un viejo barracón de los alrededores de Sacramento.

Ben Karmel se sentía fascinado por aquella extraña operación del poderoso Charlie Ravani.

No estaba muy al tanto del costo de la chatarra, pero preguntó a un viejo conocido que se dedicaba a la recuperación de metales para la fundición y obtuvo algunos datos aproximados.

—¿Doce millas de raíl? Eso cuesta mucho dinero. Probablemente, entre dos y tres millones de dólares...

El interés de Karmel por aquel asunto subió muchos grados. Si Ravani acababa de invertir tres millones de dólares en aquel negocio, ¿cuál sería exactamente el botín a conseguir?

—No inferior a quince o veinte millones —dedujo Karmel, que conocía el *modus operandi* del hombre que le pagaba.

Dos días después, Ravani dio órdenes de que los raíles de ferrocarril fuesen trasladados a algún lugar desconocido.

Fueron necesarios varios enormes camiones articulados capaces de cargar sesenta toneladas cada uno.

—Y ahora, vamos a tender nuestra línea —decidió Charlie.

«Luego, era eso...», pensó Karmel. Ravani pensaba tender... ¡una vía férrea!

Al anochecer, el grupo escogido de Ravani se trasladó por carretera a Red Bluff.

Hacia la media noche, los tres automóviles se detuvieron en mitad del bosque.

Bajaron de los automóviles y vieron las enormes grúas ocultas entre los árboles.

—¿Quién va a hacer ese trabajo? —preguntó Hugh Johnson al *gángster*.

—Nosotros —respondió tranquilamente Ravani.

—Eso es absurdo, Charlie —exclamó Johnson, exaltado—. Para tender una línea de doce millas, son necesarios centenares de obreros. Hay que estudiar el trazado, construir puentes y alcantarillas, terraplenar, abrir trincheras, construir el firme y finalmente tender los raíles. Créeme, trabajé durante algo más de un año en los ferrocarriles y sé de lo que estoy hablando...

—Precisamente —respondió Charlie, sin alterarse—. Por eso te he traído aquí, para que resuelvas nuestras dificultades, que, por otra parte, son mínimas.

—Pero...

—Lo que tú ignoras, querido Hugh, es que nosotros vamos a ahorrarnos la gran mayoría de las operaciones que has ido citando.

Johnson parpadeó, nervioso.

—Supongo que intentas desviar un tren, hacerlo rodar por tu vía... —insinuó.

—Exactamente. Con la diferencia de que vamos a tender doce millas de raíles sobre un trayecto previamente preparado. Por aquí discurría, hace veinte años, la antigua vía del ferrocarril Seattle-San Francisco, que fue desviada entonces al ser construido un nuevo y moderno puente sobre el río Sacramento. La compañía del ferrocarril retiró entonces los raíles de este tramo, pero... dejó intacta la infraestructura, naturalmente.

—¿Quieres decir que sólo tendremos que tender y sujetar los raíles? —preguntó Johnson, pasmado de asombro.

—Justamente. Sobre el firme han crecido los hierbajos, pero las traviesas eran de hierro y hormigón y están intactas. Los camiones han ido descargando los raíles a intervalos matemáticamente exactos. Aquí tenemos la primera carga, detrás de esos árboles. Si empezamos a tender los raíles aquí, nos llegarán justamente hasta el lugar donde se encuentra la segunda carga, y así sucesivamente —declaró Ravani.

Todos se miraron entre sí, profundamente nerviosos.

—¡Es fabuloso! —exclamó el gigantesco Ben Karmel—. Pero si nos sorprenden realizando esa operación...

—No hay riesgo —dictaminó Ravani, seguro de sí mismo, como siempre—. El tramo que debemos construir se extiende a lo largo de un bosque tan espeso como éste. Por otra parte, sólo trabajaremos de noche. Después de tender la línea, uno de esos guardas forestales a caballo podría pasar por encima de ella sin advertir nada anormal, puesto que los arbustos y hierbajos, muy crecidos, que han brotado sobre las traviesas, ocultarán perfectamente los raíles.

—¡Ahora comprendo por qué me elegiste a mí! —exclamó Karmel.

—Hace once años trabajaste en la Western Railways como maquinista, lo sé. Tú serás quien conduzca el tren a lo largo de esta vía —respondió Charlie. Y añadió—: La verdad es que nadie sobra en este grupo. Daffie y Andy conducirán dos grúas y los restantes pondremos manos a la obra para sujetar y enlazar los raíles. Pero no

perdamos tiempo. Empecemos.

Durante siete noches, los hombres del *gang* de Charlie Ravani desplegaron una actividad agotadora. Trabajaban desde el oscurecer hasta el amanecer, sin descanso.

Sus manos se llenaron de ampollas. Pero también las manos de Ravani estaban deshechas y él era el primero en comenzar el trabajo y el último en abandonarlo.

Los hombres dormían durante el día, comían en pleno bosque y ninguno de ellos obtuvo autorización de Ravani para abandonar el lugar.

Finalmente, las doce millas de vía férrea estuvieron tendidas. Por allí podría pasar un tren en cuanto se acoplasen los últimos tramos de raíl, y los correspondientes juegos de agujas.

Transcurrieron tres días. El equipo de Ravani seguía en el bosque.

—Jefe, creo que tenemos derecho a alguna explicación —estalló Karmel, que, como los demás, apenas podía soportar la ansiedad.

Charlie les miró enigmáticamente.

—Os daré esa explicación —respondió—. Esta noche sale un tren mercancías desde el apartadero de la Gold California Limited en Redding. Ese tren pasará por Red Bluff a las dos de la madrugada, donde se detendrá unos minutos, los suficientes, sin embargo, para que Karmel y Grove suban al convoy subrepticamente. Nosotros nos ocuparemos de tender los últimos tramos de raíl a partir del oscurecer y colocaremos el cambio de aguja a las doce y diez. Ya sabéis cuál es nuestro objetivo: desviar el convoy de la Gold Californian Limited a nuestra vía.

—¡Un tren cargado de oro! —exclamó Andy Amato, jubiloso.

Charlie sonrió.

—Los vagones están cargados con material de guerra desechado. Ya sabéis: carros de combate, cañones, lanzallamas sobre vehículos y todas esas cosas...

La desilusión de todos fue tan ostensible, que Ravani se apresuró a continuar:

—La Gold Californian vende esa chatarra al gobierno mexicano, por lo cual el objetivo del convoy es México. Sin embargo, lo que le interesa en realidad a la compañía Gold Californian es vender cuarenta millones en lingotes de oro a varios compradores

sudamericanos. Y el oro estará disimulado en el interior de ese viejo material bélico.

—¡Cuarenta millones en oro! —murmuró Karmel, estupefacto.

—Pagué cien mil dólares en metálico por el soplo, pero el dinero que he invertido en toda la operación supera los cinco millones de dólares. Del éxito de nuestro trabajo depende mi ruina o... mi riqueza...

—¿Es que no piensas repartir, Charlie? —preguntó el guapo Jack Daffie, con las facciones contraídas por la rabia.

—Desde luego que sí. Me quedaré con treinta millones y repartiré el resto a partes iguales entre vosotros. Es decir, que recibiréis la bonita suma de dos millones de dólares cada uno lo cual os permitirá retiraros, si os apetece, y disfrutar de una existencia cómoda hasta el fin de vuestros días.

—Te quedas con la parte del león... —Gruñó Daffie.

Ravani le dirigió una mirada dura y penetrante.

—He expuesto mi dinero, todo lo que tenía, por esto. Y he trabajado como el primero de vosotros. Mi hija tiene ya dieciocho años, y dentro de poco, si no hago algo para impedirlo, ella comprenderá que su padre es un delincuente, un *gángster*. Para mí, Cheryl lo es todo. Por eso trato de emprender una nueva vida, honorable y respetable. Pero vosotros sabéis que yo no sabría vivir como un modesto obrero o un simple negociante. Necesito dinero abundante para borrar mi pasado y ocuparme del porvenir de mi hija. Yo os ofrezco ganar dos millones de dólares a cada uno. ¿Es que habéis tenido en vuestra vida una ocasión semejante? —Se enfureció el *gángster*.

—Por mi parte, estoy de acuerdo con esos dos millones de dólares —dijo Karmel.

—Yo también —afirmó Johnson.

—Y yo —declaró Chad Grove.

—Es más de lo que hubiera imaginado —exclamó Andy Amato. Jack Daffie se retorció las manos, muy nervioso.

—Está bien —decidió—. Si todos están de acuerdo, acepto.

La tensión disminuyó un tanto. Ravani se retiró al interior de su automóvil-ranchera y repartió cervezas frías entre todos.

—En cuanto a vosotros, Karmel, Grove..., deberéis tener los ojos bien abiertos cuando de madrugada abordéis el convoy de la Gold

Californian. Aunque nadie, excepto nosotros, sospecha que el tren transporta una fortuna en lingotes de oro, es natural que la compañía haya dispuesto una fuerte custodia. Tendréis que trabajar de una forma rápida y segura. No quiero... testigos... —indicó Ravani.

Ni Grove ni Karmel se inmutaron. Por anticipado, suponían que ganar dos millones de dólares llevaba consigo la obligación de matar.

—No será tan difícil —añadió el jefe del *gang*—. El convoy se detendrá sobre una vía de servicio, a unos quinientos metros de la estación. He estado allí, de noche, y sé que la zona queda en penumbra. Junto a los depósitos de fuel, existe una alcantarilla. Bastará con que os ocultéis allí hasta que el mercancías se detenga. Entonces os será fácil subir a él. Estad prevenidos: lo más seguro es que hayan situado un vigilante armado en el furgón de cola.

—Déjalo de nuestra cuenta, Charlie —respondió Ben Karmel—. Chad y yo nos ocuparemos de todo.

—Bien. Ahora... es preciso que todos descansemos hasta que llegue la noche —propuso Ravani.

Karmel se había interrumpido. Por su expresión distante, imaginé que sus pensamientos se encontraban a mucha distancia de allí.

Los presos paseaban como autómatas de un extremo a otro del patio. Pero nadie parecía reparar en Karmel ni en mí.

Advertí que Karmel seguía silencioso y puse la botella de ginebra en su mano derecha.

Bebió un enorme trago y aceptó el cigarrillo que le tendía.

—Adelante, viejo. Sigue hablando. Aunque todo sea invención tuya, te aseguro que has logrado interesarme —le dije.

Por un momento, hubo un destello peligroso en sus ojos. Pero al fin Karmel se limitó a sonreír enigmáticamente.

CAPÍTULO III

A la una y media de la madrugada, Karmel y Grove se encontraban tendidos sobre el fondo de la alcantarilla, bajo la vía del apartadero.

Transcurrieron treinta y dos minutos antes de que el convoy de la Gold Californian Limited se estacionara sobre aquella vía.

Grove fue el primero en abandonar el tubo de hormigón, y Karmel le siguió.

A través de las tinieblas, se deslizaron cuerpo a tierra hasta el tren, cuya silueta se destacaba como una mancha oscura sobre el fondo luminoso de la estación.

Como había apuntado Charlie, sobre la estrecha plataforma del furgón de cola permanecía un hombre montando guardia.

—Ojo —susurró Karmel—. Lleva una metralleta.

Reptaron sobre la vía, entre las ruedas del vagón plataforma siguiente, cargado con dos viejos carros T-60.

Desde el otro lado, observaron los dieciséis vagones del convoy. Sus ojos estaban ya familiarizados con las tinieblas, y así lograron descubrir a otros tres vigilantes, distribuidos estratégicamente a lo largo del tren y a uno y otro costado.

Karmel tocó en el hombro a Chad Grove y ambos subieron al vagón-plataforma.

Vientre a tierra, con los dedos crispados sobre las cortas metralletas, Grove y Karmel aguardaron a que el tren se pusiera en marcha.

Apenas transcurrieron cinco minutos. Luego, el expreso cruzó a ciento veinte kilómetros por hora la estación y desapareció en la oscuridad, tras lo cual el mercancías se puso pesadamente en marcha.

Al pasar junto a los altísimos reflectores de la estación, los dos

hombres se aplastaron junto al carro de combate para evitar ser descubiertos por los vigilantes de a bordo.

Luego el convoy se fue alejando lentamente de la estación de Red Bluff.

—No podemos disparar contra ellos. Al menos, hasta haber eliminado al que vigila en el furgón de cola —susurró Karmel al oído de su camarada.

Chad rió entre dientes.

—Déjalo de mi cuenta —respondió.

Se incorporó un tanto y extrajo de su bolsillo una navaja automática.

Karmel le vio deslizarse rápidamente sobre el piso del vagón-plataforma y le perdió de vista.

Transcurrieron lentamente los minutos. Entre las sombras, Karmel escuchó un jadeo apagado.

Bruscamente se retorció sobre sí mismo, boca arriba, con la metralleta entre las manos, dispuesto ya a disparar.

—¡Calma! —susurró Chad—. Soy yo.

Karmel dejó escapar un suspiro entre los labios.

—¿Ya? —preguntó.

—Listo —respondió Chad.

—Separémonos —propuso Karmel.

Saltaron ambos al mismo tiempo sobre los topes y aterrizaron sobre el siguiente vagón.

Una estela de sangre fue quedando a sus espaldas.

Cuando quince minutos más tarde alcanzaron la potente máquina diesel que arrastraba el convoy, sobre las plataformas quedaban los cadáveres de los cuatro vigilantes.

—Debe haber uno más con el maquinista y su ayudante —insinuó Karmel.

Grove asintió.

—Es posible. Pero despejado va el camino, el resto es fácil —respondió.

Lo fue.

Los tres hombres que ocupaban la cabina de la locomotora se volvieron bruscamente cuando los dos *gangsters* irrumpieron por las dos puertas, a uno y otro costado de la máquina.

El hombre fornido que llevaba una metralleta colgada del

hombro, se volvió rápidamente e incluso llegó a apretar el gatillo. Un chorro de balas perforó, inofensivo, las planchas del techo de la cabina.

Karmel y Grove dispararon a un tiempo, y los cuerpos de aquellos tres hombres cayeron tronchados sobre el piso de la cabina, que quedó convertida en pocos minutos en la sucursal de un matadero.

La sangre corrió abundante sobre el piso e incluso goteó fuera, a través de la puerta de la izquierda.

Karmel, impasible, apartó con el pie el cadáver del conductor y se dejó caer sobre su asiento.

Aflojó la marcha. A dos kilómetros de distancia se insinuaba ya la mancha oscura del bosque.

Al fin brilló en la distancia una luz ámbar, intermitente.

Karmel alzó el pie del acelerador y comenzó a pulsar los frenos.

Luego...

El convoy se estremeció al tomar el cambio de agujas y rodó a pequeña velocidad sobre los raíles recientemente tendidos.

Karmel detuvo el tren tres millas más allá, en lo más profundo del bosque.

Entretanto, el propio Ravani dirigía al resto de sus hombres en la tarea de desmontar rápidamente el cambio de agujas y los primeros tramos de raíles.

¡La vieja línea había quedado desconectada de la vía férrea principal!

—Baja —dijo Karmel a Chad—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Grove obedeció, refunfuñando, mientras Karmel detenía el motor de la poderosa locomotora diesel y apagaba todas las luces del convoy.

—¡Es una estupidez! —rugió Grove—. ¿Para qué desmontar los raíles? Lo más sensato sería buscar esos lingotes, cargarlos en un camión y largarnos cuanto antes.

—Charlie sabe lo que hace —respondió Karmel, bajando en pos de su camarada—. Y ahora, manos a la obra.

Buscaron entre la floresta las herramientas ocultas y comenzaron a desatornillar rápidamente las uniones de los raíles.

Detrás de ellos venían Charlie y sus hombres haciendo otro

tanto. Un hombre desatornillaba las uniones, otro manejaba una grúa e iba cargando los raíles sobre uno de los enormes camiones que avanzaban sobre la vía.

Cuando el primer camión estuvo cargado, Ravani ordenó a Daffie:

—Lanzad los raíles a lo más profundo del río. Allí tardarán meses o incluso años en encontrarlos.

Los hombres jadeaban al compás de las máquinas, pero Ravani no les permitió descansar un solo instante.

Cuando el grupo llegó junto al convoy, Karmel y Ravani subieron a la cabina de la locomotora.

—Ponía en marcha y avanza cuatro o cinco kilómetros —ordenó.

Karmel obedeció, pero no encendió las luces. En la oscuridad del bosque, el convoy avanzó a velocidad moderada.

—Aquí —indicó Ravani.

La larga línea de vagones se detuvo. Karmel se volvió y vio el revólver en manos de Charlie.

El sudor de su frente se heló.

—¡Vamos, no seas estúpido! —exclamó Ravani, al verle palidecer—. ¿Suponías que iba a matarte? Tranquilízate, Ben. Confío en ti, por eso te he traído hasta aquí y he dejado atrás a los demás. Pero sobre este convoy descansan cuarenta millones de dólares en lingotes de oro y nunca está de más ser prevenido. Coge tu metralleta y sígueme.

Ravani llevaba en las manos un extraño aparato. ¿Un detector de metales, quizá?

Lo cierto es que Ravani caminó con aquel aparato en las manos a lo largo de los vagones y súbitamente se detuvo.

—Aquí está —dijo. Y los dos hombres subieron a la plataforma.

Los lingotes estaban cuidadosamente apilados sobre el fondo de dos de los viejos carros de combate y cubiertos por una capa de arena de más de cuarenta centímetros.

—No perdamos el tiempo —dijo Ravani, al comprobar que Karmel contemplaba extasiado los lingotes de oro—. Hay que descargarlo en seguida.

Karmel le vio descender de un salto y desaparecer en el bosque. Un momento después, una gran furgoneta «Ford» avanzaba, dando

tumbos, entre los árboles.

Dos horas después, los tanques habían sido vaciados y el furgón se alejaba a través del bosque, dejando profundas rodadas de neumáticos tras sí.

Volvieron a la carrera, jadeantes, destrozados, pero todavía animosos. Ya el grupo que mandaba Daffie había alcanzado el convoy, en su tarea de levantar sin pausa la línea férrea.

—¿Y el oro? —preguntó Daffie, reuniéndose con Ravani y Karmel.

—En nuestro poder y a buen recaudo —respondió Charlie—. No perdamos el tiempo. Son ya cerca de las cinco de la madrugada. Dentro de hora y media amanecerá y para entonces el trabajo debe estar terminado.

Daffie miró con desconfianza a Ravani y a Karmel. Pero como ninguno de los demás hizo el menor comentario, volvió rápidamente a su trabajo.

Siguiendo indicaciones de Charlie, Karmel subió a la locomotora, puso el convoy en marcha y lo llevó al límite del bosque, a menos de doscientos metros de la vía principal y a poco más de un kilómetro del gran puente metálico que cruzaba el río Sacramento.

A las seis veinte de la mañana, las grúas y camiones le dieron alcance. La vía estaba levantada; no quedaría rastro de la operación.

Ravani vino a ver a Karmel y le puso al tanto del resto de su plan.

—Vamos a colocar el cambio de agujas para que pongas el convoy sobre la vía principal. Quiero que lo lleves hasta el puente y lo abandones allí.

—Pero... eso puede ocasionar una catástrofe —respondió Ben.

—Es posible —respondió Ravani, con toda frialdad—. Pero la atribuirán a un error del control de ferrocarriles. Tal vez este convoy sea arrojado al río por la fuerza del impacto. Y allí se perderá toda huella de nuestro paso, ¿no comprendes?

Era un plan calculado, frío y criminal.

Karmel trató de oponerse aún, pero Ravani le obligó a callar.

Y así, a las seis cuarenta de la mañana, el tren mercancías penetraba por la vía izquierda de la red principal y rodaba despacio

hasta el puente sobre el río Sacramento.

Lo detuvo, cortó el gas y bajó a toda prisa. Corrió y corrió hasta volver al bosque.

—Sólo queda un último paso. Conducir los camiones y las grúas hasta los hangares de Tom Wardson, en Chico, donde fueron alquilados —indicó Ravani—. En cuanto a los tres coches en que nos trasladamos hasta aquí, los incendiaremos de regreso. Al fin y al cabo, fueron robados.

Seis eran los vehículos que había que devolver a su dueño, Wardson. Y seis precisamente los hombres del grupo escogido de Charlie Ravani.

Evidentemente, Charlie no había dejado nada al azar.

Con la luz incierta del amanecer, los tres grandes camiones y las tres grúas, alcanzaron una carretera secundaria y se dirigieron hacia la ciudad de Chico, a poco más de cien kilómetros de distancia.

Detrás de ellos, tres automóviles regados de gasolina ardían en medio de grandes llamaradas que no tardarían en prender fuego al bosque.

Karmel apuró la ginebra que quedaba en la botella, devolvió el casco y eructó sonoramente.

—¿Y el oro? ¿Dónde están los lingotes? —pregunté, profundamente interesado.

Karmel dejó caer su pesada mano derecha sobre mi muslo.

—Frank, Frank, muchacho... No estarás pensando que en lo que te he contado hay una pizca de verdad ¿eh? ¡Ja, ja, ja...!

Rió y rió brutalmente durante largos minutos.

Yo me sentía estupefacto, pasmado de asombro.

¿Era posible que Ben Karmel se hubiera inventado una historia tan fantástica y, sin embargo, tan sabiamente tramada?

Le solté una palabrota mientras él seguía riendo a grandes carcajadas.

Pero Marlowe, el vigilante, se acercaba a través de los grupos de presidiarios con su eterno hocico de podenco alzado al viento.

Tuve que deshacerme rápidamente de la vacía botella de ginebra. Y mediante un procedimiento no muy ortodoxo: simplemente, la introduje con rapidez en el bolsillo de Kelly el loco, que dormía profundamente a pocos pasos de distancia.

CAPÍTULO IV

Aquella noche permanecí desvelado sobre mi colchoneta hasta altas horas de la madrugada.

La historia oída de labios de Karmel seguía obsesionándome.

Por otra parte, me perturbaba profundamente el hecho de que Ben, estando sobrio, parecía absolutamente seguro de estar en poder de la clave que llevaba a una colosal fortuna.

E incluso se había mostrado propicio a confiar en mí a cambio de su hipotética libertad.

Yo, ahora, estaba seguro de que hubiera bastado con prometerle planear una fuga desde el exterior para él... y Karmel se hubiera confiado a mí.

Cuantas más vueltas le daba en mi mente a la historia que me había contado aquella misma tarde, más seguro me sentía yo de que había mucha verdad en su relato.

Y existían varias circunstancias que me impulsaban a decidirlo así. Por ejemplo, diez años atrás y justamente en el puente sobre el río Sacramento, distante unos cincuenta kilómetros de Red Bluff, había tenido lugar un choque de trenes de proporciones gigantescas.

El North *Express* había embestido, a noventa kilómetros por hora, al convoy de mercancías que, inexplicablemente, se encontraba detenido en el puente, sobre una de las dos vías que componían la línea férrea.

La catástrofe había sido espantosa: cerca de doscientos muertos y más de trescientos heridos.

Tanto el expreso como el convoy de mercancías habían caído al río como consecuencia de la fortísima colisión, por lo que la mayoría de las víctimas murieron ahogadas.

Lo más lamentable de aquel accidente residía en que las víctimas eran, en su mayoría, jóvenes universitarios de uno y otro sexo que se dirigían al Parque Nacional Lassen para gozar del fin de semana

en medio de la agreste naturaleza.

Aqué! era un dato cierto... que venía a encajar perfectamente con el relato de Ben Karmel.

Otro dato, no menos evidente, era el de que el convoy de mercancías transportaba un cargamento de material militar desechado con destino a México.

Naturalmente, se había llevado a cabo una investigación para esclarecer las causas del extraño accidente.

Según los reportajes aparecidos por aquel tiempo en la Prensa, lo insólito del accidente estribaba en que *el tren de mercancías debía estar situado sobre la otra vía*, lo cual hubiera evitado la colisión, evidentemente.

Pensando en todo ello, yo daba vueltas y más vueltas sobre mi duro camastro.

Desde luego, me prometí volver a insistir ante Karmel para que respondiera a mis preguntas.

El viejo trató de convencerme, al final, de que todo era pura imaginación porque tal vez tuvo miedo... o no se fía del todo de mí, pensé.

Debí conciliar el sueño muy de madrugada, pues cuando el alarido de la sirena de diana hirió mis oídos, yo me sentía soñoliento, pesado y fatigado hasta las heces.

Mis compañeros de celda abandonaron sus camastros y yo hice otro tanto, en espera del recuento.

Después de ello, y antes de recibir el desayuno, quedé solo en la celda, pues ese día me correspondía barrerla y adecentarla un poco.

Estaba dedicado a estos menesteres cuando escuché un alarido escalofriante.

Corrí hasta la plataforma de la planta. Algunos presos corrían como locos escaleras abajo y un vigilante hacía sonar desafortadamente su silbato de alarma.

Me apoyé sobre la barandilla y miré hacia abajo.

Alguien yacía despatarrado boca abajo, sobre las losas del piso.

«Uno que ha preferido reventar antes de seguir encerrado», pensé, sintiendo una pizca de piedad.

Pero abajo, alguien gritó:

—¡Es Karmel, es Karmel!

Me estremecí.

Karmel, muerto.

El viejo pandillero, destrozado contra las losas de la planta baja.
¿Suicidio?

Me costaba trabajo creerlo. Ciertamente que Ben no parecía resignado a pasar el resto de sus días en presidio, pero yo estaba seguro de que él hubiera optado por morir acribillado a balazos al pie de los muros de la prisión, en un desesperado intento de fuga.

Todo esto lo iba pensando mientras galopaba escalera abajo, apartando a empujones a todos cuantos obstruían mi camino.

Ansiaba llegar junto a Karmel, comprobar si en verdad estaba muerto o todavía le quedaba un hálito de vida.

Cualquiera imaginaría que lo único que me interesaba entonces era escuchar de sus labios una confidencia: si su historia era cierta, ¿dónde estaban cuarenta millones de dólares en oro?

Sin embargo, lo que me movía a volar en pos de Karmel era otra cosa. Yo quería saber si Ben se había lanzado al vacío desde la planta cuarta, por su voluntad... o si alguien le había empujado, que era lo que yo, en verdad, comenzaba a sospechar.

Por desgracia, antes de que lograra pisar las losas de la planta baja, un alud de vigilantes, armados de porras, surgió por el próximo rastrillo, y cargó ferozmente contra los presos que nos encontrábamos a su alcance.

No tuve más remedio que retroceder si no quería recibir un aluvión de golpes en la cabeza, en la espalda o en el rostro.

Inmediatamente se nos encerró en las celdas.

Yo oía, dentro de la mía, las conversaciones excitadas de mis camaradas, mezcladas con el rumor de las rejas deslizándose con chirridos sobre sus ruedecillas mal engrasadas.

Me sentía inquieto, nervioso, desasosegado hasta el paroxismo. Y otro tanto le ocurría a los tres hombres que ocupaban la celda conmigo.

Más tarde, tuvimos una «comisaría» [3].

Estaba el jefe de vigilantes Williams, el ayudante del fiscal e incluso el director de la prisión.

Cuando me tocó el turno, Williams me preguntó si había oído el grito exhalado por Ben Karmel, décimas de segundo antes de estrellarse contra el pavimento.

Contesté afirmativamente, y Williams se mostró interesado en

saber qué estaba haciendo yo en aquel momento.

—Me tocaba limpiar la celda —respondí.

Y Williams consultó unas notas, que debían ser el resultado de anteriores interrogatorios a mis compañeros, y pareció satisfecho.

—Usted estuvo hablando en la tarde de ayer con Ben Karmel. Hay quien asegura que les escucharon discutir en términos violentos. ¿Qué tiene que decir acerca de ello? —insistió el jefe de vigilantes.

Un leve escalofrío de inquietud recorrió mi piel. Sin embargo, conseguí mantener mi sangre fría.

—¿Usted cree? —Sonreí—. La verdad es que Karmel me contó viejas historias de sus años jóvenes y me hizo pasar un buen rato. Eso es todo.

Las miradas de Williams, el ayudante del fiscal, y el director me taladraban sin piedad.

—¿Cree que Karmel se ha suicidado? —preguntó rápidamente el ayudante del fiscal, un joven con gafas oscuras y expresión fría, repelente.

Ya subía a mis labios la apasionada protesta, cuando comprendí que lo mejor era no comprometerme demasiado.

—Es posible —respondí—. Usted probablemente sabe que Karmel estaba condenado a cadena perpetua, sin probabilidad, siquiera remota, de ser liberado algún día. Me hablaba a menudo de ello y parecía desesperado... Era comprensible. Tenía ya sesenta años y comenzaba a sentir toda suerte de achaques propios de un hombre que está a las puertas de la vejez. Karmel me dijo muchas veces que él no terminaría sus días en la cárcel. Por desgracia, así ha sido —terminé.

—Está bien. Puede retirarse —decidió el jefe de vigilantes.

Y eso fue todo.

Cualquiera que haya estado en prisión, sabe de sobras que no es fácil que una investigación prospere demasiado entre los muros de la penitenciaría.

El veredicto acerca de la muerte de Ben Karmel fue suicidio.

Por supuesto, ninguno de nosotros tuvo siquiera la posibilidad de ver su cadáver ni de asistir a un funeral por su alma.

Conseguí saber que algún familiar de Karmel había obtenido finalmente el cadáver, que fue trasladado hasta San Francisco,

donde fue sepultado.

Parecía haberse cerrado así la historia del desventurado Ben Karmel. Y con él, la fantástica posibilidad de llegar alguna vez a encontrar el lugar donde él y Ravani habían sepultado cuarenta millones de dólares en oro.

Sin embargo, para mí el caso no había hecho otra cosa que comenzar.

Pocos días después, indagando sutilmente, conseguí una importante información: Charlie Ravani había muerto, nueve años antes, en un hospital del estado.

Era lógico imaginar que el poderoso Ravani hubiera recuperado aquella fortuna en oro, pasado un tiempo prudencial después del robo.

Sin embargo, la insistencia de Karmel, su manía en repetir que él estaba en posesión del secreto —sabía el lugar donde habían sido sepultados los lingotes— me mantenían más y más obsesionado en aquel asunto.

¿Qué había ocurrido, entonces, para impedir que Ravani hubiera recuperado, antes de morir, cinco toneladas de oro refinado?

Según Karmel, la operación de venta del oro era absolutamente ilegal, a espaldas del Gobierno norteamericano y de todas las leyes federales, lo cual parecía comprensible a simple vista si se tenía en cuenta la operación montada por Gold Californian Limited para sacar el metal precioso del país, escondido entre unos centenares de toneladas de chatarra férrea.

Pasé muchos días meditando sobre el asunto, tratando de encontrar el hilo que me llevase a la solución.

Pero... ¿qué solución?

Yo era Frank Devine, antiguo investigador privado y un homicida condenado a veinte años de reclusión en una penitenciaría californiana.

Había cumplido poco más de cinco años de mi condena. ¿Qué esperanzas tenía de alcanzar la libertad en un futuro próximo?

Prácticamente, ninguna posibilidad, hasta cuatro o cinco años después, en el mejor de los casos.

Si conseguía seguir controlando mis nervios, observar una conducta «buena» —según la disciplina penitenciaria—, si en una palabra no enloquecía en los próximos años, ni me entregaba a

alguna de las múltiples degeneraciones sexuales propias de la prisión..., tal vez alcanzase la libertad condicional unos cinco años después.

«Quizá para el año mil novecientos ochenta y uno pueda volver a pisar San Francisco», solía pensar en mis momentos más optimistas.

Sin embargo, no confiaba en ello demasiado, teniendo en cuenta que todos los humanos tenemos unas limitaciones muy estrictas.

En prisión, los hombres que vivimos al otro lado de los muros, solemos vivir dieciséis horas al día bajo una tremenda tensión nerviosa.

Basta una palabra, e incluso a veces una mirada atravesada, para que los nervios exploten y dos hombres se acometan a muerte en un patio de la prisión.

Yo soy un hombre que casi nunca suele hablar de sí mismo. En mi profesión estamos habituados a resolver los problemas de los demás y ello inhibe, en cierto modo, nuestra propia extroversión.

Yo, Frank Devine, treinta y seis años, había venido a parar a prisión porque cinco años atrás maté a un hombre.

Lo hice en defensa propia. La señora Margaret Durban, de cuarenta y siete años, que poseía una fastuosa villa en Sonoma, a sesenta y nueve kilómetros de San Francisco, me había encargado que vigilase a su esposo, James Durban, de cuarenta y dos años, director de una importante empresa dedicada a la fabricación de televisores.

La señora Durban, según me confió, sospechaba que su marido le era infiel. Y quería demostrarlo documentalmente para entablar demanda de divorcio y obtener de él la pensión alimenticia correspondiente, lo cual en California viene a significar unos cien mil dólares anuales, como mínimo.

La señora Durban me anticipó mil dólares y afirmó que si obtenía la documentación que ella necesitaba acerca de la infidelidad de su esposo, yo podría contar con una prima de tres mil dólares extra.

Por supuesto, mi profesión era ésa y me dediqué al trabajo por entero, de tal forma que durante dos semanas apenas pude ver a Evelyn, mi esposa.

Al cabo de veinte días, yo poseía material suficiente —

conversaciones grabadas y fotografías, principalmente— para que el abogado de la señora Durban pudiera demostrar, sin lugar a error, la infidelidad de su esposo.

Así que al cabo de aquel tiempo, lo entregué todo a Margaret Durban, presenté mi factura y fui compensado rápida y satisfactoriamente, según el acuerdo al que habíamos llegado al principio. Es decir, recibí de la señora Durban, en total, unos seis mil quinientos dólares.

Claro es que aquella cantidad no era nada comparado con lo que ella sacaría de su esposo, una vez concedido el divorcio de James Durban. Pero a mí siempre me ha importado cumplir con los encargos de mis clientes para olvidarme inmediatamente de los detalles de cada caso.

Lo cierto es que James Durban poseía más temperamento de lo ordinario.

Es posible que el divorcio que su esposa consiguió le dejase medio arruinado y ello debió influir bastante en su estado de ánimo.

El caso es que yo llegaba una noche a mi casa, apenas acababa de estacionar el coche ante nuestro chalé, cuando un hombre brotó del seto próximo y me encañonó con un revólver.

Era James Durban.

Su mano derecha, que sostenía el revólver, temblaba peligrosamente.

Yo sé de sobras que es más peligroso el individuo que jamás ha utilizado un arma de fuego que aquel que lo tiene por costumbre.

—¡Canalla! —rugió entre dientes—. ¡Tú eres el único causante de mi ruina! ¡Si no existieran chivatos de tu estirpe...!

—Calma, señor Durban —logré decir—. Aparte el arma. Podemos hablar tranquilamente, explicarnos...

—¿Explicarnos, maldito cerdo? —gritó, fuera de sí—. ¡A mí sólo me cabrá una satisfacción! ¡Matarte!

Le miré.

Comprendí que iba a disparar de un momento a otro, si bien su propio nerviosismo le obligaba a desviar, inconscientemente, el ángulo de tiro.

Mi reacción fue rápida, certera y mortífera, aunque no me lo propusiera.

Mi mano derecha, rígida, dura y plana, le golpeó de canto en la garganta.

Durban quedó paralizado, inexpresivo.

Luego cayó pesadamente hacia adelante y quedó inmóvil.

Yo había visto demasiados moribundos para no comprender que Durban estaba agonizando.

Mi golpe de karate, excesivamente fuerte, por la urgencia del momento, había destrozado su tráquea, y el aire se escapaba, sibilante, a través de su boca.

Aunque fuertemente impresionado, reaccioné rápidamente.

Corrí hacia el porche de la casa que compartía con Evelyne, mi esposa, y pulsé el timbre varias veces.

Por desgracia, Eve tardó demasiado en abrirme la puerta. Cuando al fin lo hizo, la aparté sin darle la menor explicación y corrí al teléfono.

—¿Departamento de Policía? —solicité—. Frank Devine al habla. Necesito que envíen un coche inmediatamente, pero es preferible que manden una ambulancia por delante.

CAPÍTULO V

James Durban murió aquella misma noche.

No llegó vivo al hospital: su vida se extinguió mientras la ambulancia le conducía a gran velocidad a través de las calles de San Francisco.

Lo supe en comisaría, sentado frente a un tosco y elemental oficial de detectives de la sección de Homicidios, llamado Jeff Ardine.

—Se la ha buscado, Frank —dijo, después de contemplarme insistentemente, con deliberada frialdad—. Durban acaba de fallecer.

Naturalmente, yo me sentía preocupado, puesto que, aunque involuntariamente, acababa de matar a un hombre.

Pero aparte de ello, soy un hombre suficientemente razonable para no desesperarme en un caso semejante.

Por supuesto, lo primero que hice fue relatar ante el teniente Ardine todo lo que había sucedido en relación con Durban.

El oficial de policía me dirigió una mirada llena de escepticismo.

—Dice usted que James Durban empuñaba un revólver —pronunció cuidadosamente—. Pero el arma no ha aparecido, aunque la hemos buscado exhaustivamente, cribando los alrededores de su casa.

—Durban tenía un revólver. Y estaba a punto de dispararlo cuando le golpeé, con el único fin de salvar mi vida —afirmé.

Ardine movió la cabeza.

—Creo que será mejor que me diga toda la verdad, amigo mío —respondió.

Comencé a impacientarme.

Ardine no era, desde luego, una de las mejores personas del mundo, ni siquiera un buen policía.

Yo conocía demasiadas cosas de él para fiarme de su sentido de

la justicia y la equidad. Pero confiaba en que también el oficial de policía tuviera un mínimo sentido de cuánto suponían mis derechos.

Conseguí, de todas formas, que volviésemos a mi casa, pues yo estaba seguro de que el revólver de James Durban había caído al suelo sobre las losetas del porche, cuando le golpeé en la garganta.

Seis policías registraron minuciosamente, no sólo el porche, sino también el pequeño jardín anexo e incluso la calle adyacente.

Según habría de saber, muchos años más tarde, el revólver se encontraba en un lugar no muy lejos de allí. Pero cuando logré llegar a tal certidumbre, era demasiado tarde para evitar que yo fuera a la cárcel.

Ardine, en presencia del ayudante del fiscal, me acusó inmediatamente de asesinato.

Invocaba, para ello, una supuesta conspiración entre Margaret Durban y yo para deshacernos de su esposo.

Desde luego, de nada me valió repetir, una y otra vez, mi inocencia. Fui a parar a la cárcel tres días después.

La acusación se basó definitivamente en lo siguiente: James Durban era bajito, enclenque y delgado, e incluso padecía varias úlceras de duodeno. Por el contrario, yo era joven, alto, atlético, campeón olímpico de tiro con arma corta y larga y experto en luchas orientales.

Según el fiscal, Durban no había tenido ninguna posibilidad frente a mí, y si había llegado hasta mi casa, se debía sencillamente a que el pobre infeliz se había sentido tan atosigado por mi persecución, que finalmente había reventado.

De todas formas, y gracias a mi defensor, logré que Eve, mi esposa, fuera citada como testigo.

Por desgracia, su intervención fue de lo más inocua. Se limitó a declarar que aquella noche yo había penetrado brutalmente en la casa, que casi la había derribado en mi ansia por entrar y que ella no había oído ni presenciado nada, puesto que dos horas antes se había sentido aquejada de un fuerte dolor de cabeza, por lo cual había ingerido un par de analgésicos y se había echado en la cama, tras lo cual se quedó dormida y no fue despertada hasta que mis insistentes llamadas la obligaron a abandonar el lecho y a correr hasta la puerta.

Sentí una profunda amargura, tras oírla hablar con un dejo de

total indiferencia.

Yo la había mimado, la cuidaba con esmero y trabajaba como una mula para que ella pudiera vivir como una reina.

Yo la amaba. Pero Eve no parecía sentir ningún frenesí hacia mí; era más que notorio.

Por fortuna, si yo no podía demostrar que era enteramente inocente y sólo había obrado en defensa propia al golpear a Durban, tampoco existían pruebas fehacientes contra mí.

De todas formas, y en virtud de mi condición de investigador privado, la ley debía ser más dura conmigo y se me condenó a veinte años de reclusión.

No voy a contar aquí toda mis penas. No pienso quejarme ni siquiera dárme las de mártir.

¿Para qué? Todo eso —el desprestigio, la cárcel, el deshonor— debe quedar para mí.

Eve había venido a verme a la prisión una vez por mes. Podía venir al menos una vez por semana, pero ella aducía que con los diez mil dólares que yo había puesto a su disposición, en una cuenta separada, no iba a poder vivir durante diez años, viaje va y viaje viene.

Yo la disculpaba y la comprendía, porque seguía amándola. Pero me dolía comprobar que humildes familias de chicanos [4] se desvivían por visitar a sus esposos, padres o hijos encarcelados cada vez que tenían la menor posibilidad, y ello teniendo en cuenta que aquellas pobres gentes tenían que realizar a menudo viajes de hasta quinientos kilómetros para visitar en la cárcel a alguno de sus familiares presos.

Tras la muerte de Karmel, yo me sentía muy deprimido y desanimado. Era consciente de que Ben Karmel había cometido varios delitos de sangre, pero a pesar de ello, había llegado a apreciar al «viejo», por su carácter leal y entero.

El oficial Marlowe, que me demostraba corrientemente una antipatía exacerbada, volvió a arrestarme poco después. Adujo que la celda estaba sucia —alguien había vertido ceniza de cigarrillos en el suelo— y me condenó a ocuparme de la limpieza de los urinarios durante un mes seguido.

Y así fue cómo encontré el mensaje escrito sobre las baldosas una mañana. El utensilio utilizado para escribir sobre las losas era

un sencillo pedazo de carbón.
Pero podía leerse claramente.
Decía:

«Dodge estaba en la planta cuarta, muy cerca de Karmel cuando éste se estrelló contra el piso inferior».

Borré inmediatamente con agua el mensaje plasmado con negros trazos sobre las losas grisáceas.

¡Dodge!

Recordé, de repente, que Hal Dodge y Fred Kimble, dos de mis amigos de la prisión, se mostraban siempre muy interesados en interrumpir a Ben Karmel cuando éste caía en su manía de hablar —sólo entre sus más queridos camaradas— de los cuarenta millones de dólares en oro.

¿Estaban interesados Dodge y Kimble en que Karmel no contase a nadie sus historias de *gángster*?

Parecía claro que alguien había visto a Dodge en compañía de Karmel momentos antes de que el viejo pandillero iniciara su mortal vuelo al vacío, desde la cuarta planta de la galería C.

Evidentemente, la persona que me había dejado el mensaje escrito a carbón en los servicios higiénicos colectivos no parecía muy inclinada a comprometerse.

Fuese quien fuere, le bastaba con dejarme el mensaje.

Desde luego, me sentí en seguida inclinado a mantener una amplia conversación con mi amigo Hal Dodge.

Durante los primeros días no fue posible, en parte porque yo pasaba muchas horas dedicado a la limpieza del W. C., —¡gran tarea!—, y también porque Dodge me rehuía claramente.

Al fin, una tarde me fue posible establecer contacto con él. Y no fue de lo más suave, puedo asegurarlo.

Un ordenanza, llamado Kirkpatrick, pasó junto a mí y vi su lista. Una docena de hombres cuyos familiares habían acudido al locutorio de la prisión.

Y entre ellos estaba Hal Dodge.

Le esperé, dentro de los servicios. Tenía que pasar junto a mí, pero no quería que me viera, por si acaso trataba de rehuir mi proximidad.

Finalmente, escuché sus pasos en la galería. Para mí, un

observador nato, con el oído bien adiestrado, los pasos de Dodge eran inconfundibles.

Era corpulento, muy pesado e indolente, y solfa arrastrar los pies.

Cuando cruzó frente a la puerta de los servicios, le atenacé por los hombros y le introduje de un empujón en el departamento.

Mi tirón fue tan fuerte, que Hal se fue rodando al suelo.

Murmuró una blasfemia y comenzó a incorporarse. Pero antes que lo hubiera conseguido del todo, torné a derribarle de una patada en el pecho.

Se incorporó, arrojando sangre por boca y nariz.

—¡Maldita sea tu estampa, Frank! ¿Es que te has vuelto loco? —gritó.

Le miré.

—Tú lanzaste a Karmel al vacío —acusé.

Le tembló el mentón. Y se irguió con un esfuerzo, apoyado en el muro. Luego se limpió con un brusco ademán de su mano la sangre que le resbalaba entre los labios.

—Creo que voy a matarte —gruñó.

Reí a carcajadas.

—Yo estoy aquí por matar a un hombre de un simple golpe en la garganta —fanfarroneé—. ¡Adelante! Te voy a obligar a escupir la verdad a golpes. ¡Vamos, acércate!

Dodge se derrumbó.

Tenía miedo. Guardaba en un bolsillo una chirla bien afilada, pero no se atrevía a enfrentarse a mí.

—No vale la pena que nos peleemos —rezongó—. Sé que estimabas a Ben y que te has sentido dolido con su muerte, como todos nosotros. ¡No, no seas estúpido! No pensaba rajarte porque tenga nada que ocultar, sólo que no permito que ningún tío me ponga la mano encima.

—Sigue —invité.

—Alguien le dio a Ben, la noche anterior, media botella de «Healtheth»[5]. Karmel se la bebió entera y por la mañana temblaba como un azogado. Kimble habló con él. Creo que trató de disuadirle, pero al fin se cansó de la tozudez de Ben, que insistía en arrojarle por encima de la baranda. Es cierto que yo estaba con Karmel cuando se arrojó al vacío. E incluso me quedé con un trozo

de su chaqueta entre los dedos, en mi desesperado intento de evitar lo que sucedió. ¿Ves este jirón de paño? Era de su chaqueta.

Hablaba con tal acento de sinceridad, que empecé a dudar de que Dodge fuera culpable de la muerte de Ben Karmel.

Y a fin de cuentas, el desconocido que había dejado el mensaje en los urinarios podía estar interesado en proteger a alguna otra persona, según deduje.

Me acerqué a Dodge, le ayudé a levantarse con un brusco tirón y luego le ofrecí un trago de la botella de ginebra que extraje de una de las cisternas empotradas del departamento.

—Estábamos delante de la celda 219 —añadió Hal Dodge, con rabia—. Perkins, Foreman, Juárez y Stevens lo vieron todo. Ellos pueden decirte lo que pasó. ¿Por qué no preguntaste antes? Karmel se arrojó al vacío porque le dio la gana. A menos que...

Hal se interrumpió de repente.

—¿A menos que...? —repetí, dirigiéndole una penetrante mirada.

—Karmel se sentía perturbado la noche anterior a su muerte. No me dijo nada en concreto, pero lloriqueaba como una criatura. Le oí decir: «¡Pobre Jean, pobre hijita mía!». No estaba borracho entonces; pero... ¡lloraba a raudales! —declaró Dodge.

—Ben... ¿tenía una hija? —pregunté, estupefacto.

—Eso decía él. Era apenas una niña cuando Ben llegó a la prisión. Es posible que ahora tenga veinte años, tal vez dieciocho, según lo que él solía decir.

—Pero... ¿por qué lloraba? —indagué.

—No lo sé. Pero deduje que su hija había muerto, cuando le oí gemir: «Mi pobre Jean... ¡Ya nunca te tendré!».

Miré a Hal de hito en hito.

Y de repente, dije:

—Vete. Vas a perder la comunicación.

CAPÍTULO VI

Y, de repente, la LIBERTAD.

Así, con mayúsculas.

Yo, Frank Devine, que aguardaba un sombrío porvenir de cinco o seis años más de prisión, me vi súbitamente en la calle, libre.

¿Cómo había podido ocurrir el milagro?

Me llamó Marlowe una mañana hacia las once. Su hepatopatía tradicional debía haberle declarado una tregua, pues incluso se permitió sonreírme, entreabriendo tres milímetros sus gruesos y secos labios.

—Vamos, vamos, Frank, acompáñame —dijo.

Era buena señal.

No me había nombrado por mi número —3189—, ni tampoco había dicho Devine, pronunciando mi apellido a la francesa.

Atravesé, en pos de él, varias galerías y larguísimos pasillos y llegué a las oficinas.

Un oficial comprobó mi nombre y los datos de mi condena. El hombre tenía una pálida cara de mula y escribía a máquina con dos dedos sobre una ficha de cartulina.

El oficial pulsó el timbre, me transfirió sin un comentario a otro funcionario de prisiones y caminé otros cien metros a lo largo de oscuros pasillos.

Penetramos en otro cubículo. Volvieron a comprobar mis datos de forma exhaustiva y luego me obligaron a poner mis huellas dactilares en otra nueva ficha.

Entretanto, mi mente trajinaba a rendimiento pleno.

¿Para qué todo aquello?

No podían acusarme de nada más. Luego, todos aquellos controles burocráticos podían significar dos cosas: O un traslado a otra prisión, probabilidad que no me desagradaba del todo... o ¡¡la libertad!!

Era la libertad.

Un ordenanza me trajo una antigua maleta. No era tan antigua, pues estaba nueva y sólo tenía cinco años, pero para mí parecía una pieza de museo tras haber pasado casi dos mil días en prisión.

Un psicólogo de la prisión —pasados los pesados trámites por los cuales se me otorgaba la libertad— vino a charlar conmigo unos instantes.

Comenzó a hablarme de deberes morales, de responsabilidad jurídica e intercaló otras cuantas frases tan nebulosas que, la verdad, yo no oía con toda conciencia.

Comenzaba a embargarme una especie de borrachera. Aún no estaba en la calle, libre, pero la sensación de prelibertad era suficiente para que yo me sumergiera en un estado de ánimo sumamente placentero.

El psicólogo seguía hablando y hablando. Creo que su papel era el de aconsejarme de cara a mi futura vida de libertad, pero yo no le oía en absoluto, puesto que su perorata —como un discurso grabado en cinta magnetofónica— la conocía yo por boca de otros camaradas que alguna vez habían alcanzado la libertad.

De repente, le corté en seco.

—¿Por qué salgo? —pregunté.

—¿Eh? ¿Qué... qué quiere decir? —balbuceó.

—Le pregunte que a quién debo la gracia de mi libertad —insistí.

—Ah, eso... Bien, tengo entendido que el propio presidente en persona le ha indultado.

—¿Quiere... quiere decir... el presidente de Estados Unidos? —indagué torpemente, muy impresionado.

—Sí.

—Pero... ¿por qué? Yo no tengo a nadie que se preocupe de mí... Quiero decir que... Bien, no soy importante, no tengo dinero, no puedo pagar a ningún brillante abogado que se ocupase de...

Me sentía muy embarullado y pronunciaba locas y sincopadas frases que nada significaban. A pesar de lo cual, el psicólogo si me entendió.

Rojo como una cereza, carraspeó repetidamente y dijo:

—Amigo mío, el presidente ha tenido a bien indultarle por el resto de su condena, Y creo, honestamente, que sólo le cabe dar

gracias al cielo por tantas bondades. Por todo lo cual, espero que en el futuro, su conducta...

Dejé de oírle inmediatamente.

Me parecía insulso estar escuchando a aquel profesional de la psicología —que más parecía un tímido seminarista— repitiendo frases y frases, que ningún eco despertaban en mí.

Mientras me cacheaban, comprobaban por enésima vez mi filiación y me eran devueltas mis escasas pertenencias —todo con lo cual yo había ingresado en prisión—, para mí solo había una pregunta: ¿Quién?

Traté de indagarlo antes de abandonar la prisión.

En la recepción penitenciaria estaba un oficial del servicio, con el que me unían dos cosas: el amor a la literatura y la devoción por la caza.

Aquel oficial se llamaba Joseph Torreón y era un chicano, descendiente de andaluces.

Pero Torreón no logró disipar mis dudas. Con una sonrisa amable, me dio a entender que no era mi mujer la persona que había conseguido el indulto del presidente.

Cuando me estrechó la mano, más parecía despedirse de uno de los del «pasillo»[6] que de un hombre que iba a disfrutar de su libertad unos instantes después.

Pensé en ello, pero no logré interpretar el significado de aquella sonrisa.

Al fin, una enorme puerta eléctrica se abrió ante mí.

No era todavía la libertad, sino la salida al recinto o espacio franco que media entre los dobles muros de la prisión, pero era un paso adelante.

Luego, brutalmente, la LIBERTAD de veras.

El sol radiante, los árboles verdes, la conversación de las gentes, el rumor de los escapes de los autobuses y automóviles... La vida, en fin.

Avancé con mi maleta en la mano —me sentía tontamente ridículo, fuera de lugar— a lo largo de una ancha acera, al borde de una avenida arbolada, tranquila e impregnada de un suave aroma floral.

Percibí intensamente que ser libre era la máxima felicidad de cualquier ser inteligente y di, mentalmente, gracias a Dios —al gran

Dios, al de todos— por haberme permitido disfrutar de todo aquello cinco años antes de la cuenta.

Es decir, de mi cuenta.

Decir que me detenía, fascinado, al ver jugar a unos niños sobre la acera o en el pequeño jardín de una casa próxima, sería tanto como confesar que soy incapaz de expresar mis más íntimas impresiones.

Porque lo cierto es que en aquellos momentos me sentí íntimamente feliz, embriagado, ahído de sensaciones, ilusionado con una plenitud absoluta.

Me detenía a menudo.

Encogía mis hombros, aspiraba el aire puro de la calle, distendía luego mis músculos y sonreía, relajado. Creo, la verdad, que por primera vez en cinco años mis nervios habían dejado de estar tirantes como cuerdas de guitarra.

Caminé mucho, sin cansancio.

Buscaba, inconscientemente, un bar o algún lugar donde pedir una cerveza. Gozaba imaginando que el fresco líquido caía sobre una copa y la espuma rebosaba el borde y caía, abundante, sobre el metal de la barra.

Luego comencé a sentir calor.

El traje que llevaba era de lana, no apto para la cálida estación en que vivíamos.

Al fin, en una esquina, vi el toldo de una cervecería.

Entré en ella, rápido, sediento, ansioso. Y pedí un doble de cerveza.

Bebí despacio, deleitándome.

Alguien chocó contra mi espalda.

Me volví.

Era apenas una chiquilla.

Cabellos cortos, dorados, ojos azules, profundos, labios húmedos, brillantes...

—Lo siento.

—Oh, no. No ha sido nada.

Sacó un cigarrillo de una pitillera de cuero y me ofreció otro.

¡Caramba! ¿Sería posible que hubiera dejado pasar dos horas sin fumar?

Acepté el cigarrillo, busqué mí «Dupont» —inútil durante cinco

años— y ofrecí lumbre a la chica, que se inclinó gentilmente ante mí y me sonrió encantadoramente.

Un caballero de unos cincuenta años se acercó.

—Vamos, vamos, Gipsy. Mamá nos espera. ¡Lo sé, lo sé! Acabas de obtener tu licenciatura en Económicas... Y precisamente por eso no debemos hacer esperar. ¡No, no, ella ha preparado el almuerzo! Sé formal, Gipsy, querida hija mía. ¡Hoy es un día grande para todos nosotros! —oí decir a aquel señor de cabellos canos, muy rizados.

Pero Gipsy —¿dieciséis, diecisiete años?— me miraba fijamente, con un destello pícaro en sus juveniles ojos azules.

Dio una leve chupada a su cigarrillo negro y dejó una mano fina y blanca sobre la que yo había apoyado sobre la barra.

Si alguien comenzase a creer que yo no me sentía encantado con la proximidad de aquella deliciosa muchachita, estaría totalmente equivocado. Pero tampoco la consideraba como a una conquista más o menos fácil o como a la presa sentimental de un hombre maduro.

Era bella, y yo entonces tenía bastante con recrearme en su contemplación.

Desde luego, me sorprendió su exclamación:

—¡Pero, papá! Es que yo quiero invitar también a Gulliver —gritó, alegremente.

Yo mido un metro noventa y seis centímetros, y Gipsy apenas medía uno sesenta. Para ella, yo era un verdadero gigante.

—Permítame. —El caballero de los canos cabellos rizados me ofrecía cortésmente su mano—. Soy Janiz Waezlescu. Ella es mi hija, Gipsy. Sólo tiene diecinueve años, pero ya es toda una licenciada en Económicas... ¿Me permite invitarle?

Se lo permití. Tras la invitación de Waezlescu, vino la de tres primos del mismo señor.

Tres horas después, yo había trasegado algo así como unos diez litros de cerveza, tres botellas de vino de San José e incluso dos *whiskys*.

Noté, para entonces, que alguien me arrastraba al exterior y me empujaban hacia un gran automóvil abollado.

Durante el camino —de bruces sobre el asiento trasero— vomité abundantemente.

Luego...

Creo que debí perder el conocimiento. Pero guardo unos recuerdos, muy borrosos e inconexos, a través de los cuales creo ver a alguien que se inclinaba sobre mí y gritaba machaconamente:

—¡Responde, responde, responde! Karmel habló contigo, se confió a ti por completo... ¡Habla! ¿Qué te dijo?

Yo me debatía locamente, tratando de escapar.

Pero aquella voz taladraba mis oídos, me perseguía sin tregua.

—¡Habla!... ¡Responde!... ¡Confiesa!...

El rostro aniñado de Gipsy flotaba a mi alrededor.

Sus facciones no parecían tan inocentes ahora. Había un rictus satánico, maligno, en ellas.

Mis labios pugnaban por pronunciar palabras, pero creo que sólo conseguía articular sonidos incoherentes.

Nunca podré afirmar si en verdad me drogaron para obligarme a confesar lo que sabía en relación con Karmel.

Probablemente solo fuera una pesadilla, una alucinación.

¿O no...?

CAPÍTULO VII

Luego, pasadas no sé cuántas horas, desperté.

Me encontraba en una amplia alcoba de paredes y piso enmoquetados, muy comfortable.

Vi un teléfono supletorio sobre la mesilla de noche, y aunque mi mente estaba absolutamente embotada, deduje que me encontraba en un hotel.

Levanté el auricular e hice unas cuantas y torpes preguntas.

Me encontraba en la habitación de un motel llamado The Golden Lucky[7], a unos pocos kilómetros de Sotckton, según tuvieron la amabilidad de informarme.

Me dolía horriblemente la cabeza.

Pero no era sólo eso: mi paladar tenía un sabor acre, pastoso, desagradable.

Estuve a punto de perder el equilibrio cuando traté de ponerme en pie.

Todo parecía indicar que me habían drogado, pues aunque recordaba haber bebido con exceso, mis síntomas no eran los propios de una simple borrachera.

Recordé a Gipsy y a su padre, el inefable Janiz Waezlescu, y pronuncié una maldición entre dientes.

Después de desahogarme un poco, opté por meterme en un baño tibio y ducharme a continuación con agua fría, casi helada, con todo lo cual recuperé casi por completo mi sensatez habitual.

De repente, recordé a Eve.

Me sentí como un malhechor.

Porque era cierto que yo había olvidado por completo a mi esposa durante el espacio que mediaba entre mi salida de la cárcel y ahora.

La verdad es que yo ardía en deseos de correr a su encuentro para estrecharla entre mis brazos y sepultar mi rostro entre sus

fragantes cabellos.

Apresuradamente pedí un taxi y abandoné mi habitación.

Mi sorpresa fue muy intensa cuando pedí la cuenta y me dijeron que estaba liquidada.

Me había hecho la promesa de no indagar nada acerca de lo ocurrido el día anterior —puesto que, al menos, me habían dejado en situación de circular—, pero ante aquella respuesta, pregunté ávidamente:

—¿Quién pagó la cuenta?

—No podría responderle con exactitud, señor. Sus amigos le dejaron anoche aquí y depositaron cien dólares en cuenta. Naturalmente, podemos entregarle la diferencia de su cuenta. Son... Bien... Sesenta dólares y cincuenta centavos. Exactamente.

Yo no quería la vuelta. Me interesaba mucho más que el encargado me diese alguna orientación acerca de las personas que me habían traído hasta el comfortable motel llamado The Golden Lucky.

Pero fue imposible.

El conserje sonreía. Y los dos botones chicanos sonreían de oreja a oreja, pero no soltaban prenda.

Cuando el taxi apareció, les dije que podían quedarse con la vuelta y abandonó el lugar.

El taxi era de San Francisco, según yo había solicitado, y el taxista era un hombre obeso y hermético, que no pronunció una sola palabra durante el trayecto.

Cuando se detuvo ante el hotelito de Painoma Street, en Santa Rosa, donde habíamos vivido Eve y yo durante tres años, me eché la mano al bolsillo interior de mi cálida chaqueta, donde había metido cinco billetes de diez dólares al abandonar la prisión.

Las yemas de mis dedos palparon, además de mi permiso de conducir, donde guardaba el dinero, algo más voluminoso y crujiente.

Lo saqué a la luz.

Era un tajo de billetes. De cien dólares.

Perplejo, inquieto, comprobé que allí había diez mil dólares, ni uno menos.

Eran billetes buenos, legítimos.

Encontrar aquel dinero en mis bolsillos no me hubiera

preocupado demasiado... de no ser por la decisiva razón de que yo no poseía diez mil dólares.

—Alguien dejó este dinero en mi bolsillo —deduje—. Pero... ¿a cambio de qué?

Pagué al taxista y el coche se alejó en seguida. En este país, los taxistas suelen recoger una propina de diez dólares sin insinuar siquiera un simple «gracias».

Guardé el dinero en mi bolsillo. Pensé que tiempo habría para averiguar cómo había llegado aquella fortuna hasta mí. Por otra parte, aún no me sentía totalmente ambientado, y con sana filosofía, comenzaba a dejar «para después» todo aquello que aún no podía comprender con absoluta claridad.

Cuando estuve solo —eran las diez de la mañana de un radiante día de primeros de junio—, me volví y dirigí una mirada a mi casa.

Me sentí triste.

Las plantas del jardincillo estaban agostadas, secas, y el césped estaba cubierto de hojarasca. La puerta del porche necesitaba una buena mano de pintura, y los naranjos enanos que yo mismo había plantado al fondo, se habían helado.

Sin embargo, había un rutilante coche deportivo europeo sobre el amarillento césped.

Me sentí inquieto.

«Eve debe estar enferma», pensé.

Avancé tímidamente y rodeé el carísimo «Ferrari».

En efecto. Sobre el cristal parabrisas, se veía un pequeño rótulo de plástico que ponía «Médico».

Aquel coche...

El doctor Donovan Carmody, el psicoanalista al que había acudido Eve cuando comenzó a experimentar aquella extraña ansiedad como consecuencia de que a los dos meses de matrimonio aún no hubiera concebido, poseía un coche idéntico.

Miré la matrícula y... comprobé sin error que aquél era el automóvil del doctor Carmody.

Eve había asistido a su consulta numerosas veces antes de que yo fuera a parar a la cárcel.

En aquel momento, antes de penetrar en mi casa, un aluvión de ideas pasó por mi cerebro.

Yo no soy un supermán. Soy un hombre corriente en mi vida

privada. Cariñoso, afectivo mil por mil, entregado y sexualmente normal.

La vida sexual entre Eve y yo había sido satisfactoria. E incluso ella llegaba a decirme a veces que yo era demasiado impetuoso, libidinoso, insistente...

Traté de encontrar un motivo para que Eve me fuera infiel.

Bueno, allí estaba el motivo: *cinco años sin mí*.

Inmediatamente de pensar esto, un torbellino peligroso se desató en mi pecho. Porque yo, durante tres años, aparte de entregarme a ella en cuerpo y alma, me había destrozado físicamente para conseguir para ella un mundo de comodidades y de placeres.

Acaricié el «Ferrari» de Carmody.

Luego me incliné, y uno por uno, fui vaciando los cuatro neumáticos del vehículo.

No se veía luz en la casa.

A propósito, dejé pasar media hora. Si Carmody estaba asistiendo a Eve en alguno de sus accesos de ansiedad, debería abandonar mi casa de un momento a otro.

Finalmente, rodeé la casa.

Cerca de la puerta de la cocina, escuché el gruñido bronco de «Sade», mi perro *boxer*. Inmediatamente, el animal debió olfatear mi olor, porque abandonó su caseta y se restregó, alegre, contra mis piernas.

Le palmeé la musculosa espalda con afecto. ¡Dios! El cachorro de *boxer* que yo había dejado antes de ingresar en prisión, se había convertido en un magnífico perro adulto que pesaba más de cincuenta kilos.

Me aparté de él y saqué el llavín que me habían devuelto en la prisión. No disponía de llave de la puerta principal, pero la de la puerta posterior de la cocina me permitiría entrar en mi casa.

Abrí con suavidad y entré.

Avancé por el pasillo. Oí unas risas. Sobre el ángulo del pasillo, se reflejaba la luz de un televisor.

Entonces corrí como un loco hacia nuestra alcoba.

El doctor Carmody y Eve estaban en la cama matrimonial.

Carmody, escuálido, con cuatro pelos, hacia el remedo de una postura yogui, y Eve, con un vaso de *whisky* en la mano y las facciones deformadas por el exceso de alcohol, le aplaudía a rabiar.

Avancé en la habitación, paso a paso.

Eve me vio, por fin. El vaso de licor se deslizó entre sus dedos y se rompió contra el piso de baldosas serigrafiadas.

Carmody dio un respingo y cayó, dándose un costalazo tremendo contra la ventana metálica, entreabierta.

En cuanto me vio, se puso en pie de un salto, a pesar de la sangrante herida en su costado, abierta por el aguzado pico de la ventana.

Me miró e inmediatamente unió sus blancas manos, en una clara actitud de súplica.

—Señor Devine, yo... Debería, pero... —murmuró.

Eve, por el contrario, parecía más entera.

—Ah, Frank —maulló, al tiempo que se humedecía los labios—. No irás a pensar que...

Di unos cuantos pasos adelante y llegué junto a mi mesilla de noche y saqué mi

M-10

automática.

Carmody se cayó al suelo al ver el arma en mis manos.

—¡Por favor, por favor! —comenzó a farfullar, al tiempo que trataba de cubrirse tontamente con la alfombra de pelo sintético.

También Eve se inmutó ahora.

—¡Por amor de Dios, Frank, piénsalo! —gimió—. ¡He estado tanto tiempo sola! ¡No puedes imaginarte lo que una desvalida mujer puede...!

—Lo sé —dije, inexpresivo.

Carmody había conseguido cubrirse con la alfombra de pelo sintético.

Componía una figura de lo más patética, con sus gafas graduadas sobre la punta de la nariz, su bigotillo torcido y su expresión de intenso terror, que provocaba un desagradable castañeteo de sus mandíbulas.

—Seamos... razonables... y civilizados, señor... Devine... Estoy dispuesto a compensarle —logró articular.

—Supongo que se refiere a dinero —dije, sin mirarle directamente.

—¡Sí! —se animó—. Precisamente... Ya sé que... Pero, en fin...

—¿Cuánto? —le corté, rápido.

—Bueno... ¿Qué tal... dos mil...?

—Cinco mil —especifiqué.

Por el rabillo del ojo, miré a Eve, que ahora se cubría pudorosamente con un pico de la sábana. A pesar de lo cual, no podía disimular su miedo.

—Creo... que sí... Voy a ver si... —El doctor Carmody se deslizó hasta mi armario y sacó su chaqueta, de la que extrajo una cartera —. Precisamente mañana tenía que pagar...

Me ofreció un grueso fajo de billetes, titubeante.

Yo tomé el dinero, lo convertí en un rollo y lo introduje aviesamente y con mucha fuerza, entre los labios del doctor Carmody.

Se atragantó. Y escupió pedazos de billetes de cien dólares.

Cuando retrocedí cuatro pasos hacia el pasillo, elevando la M-10, Eve comenzó a gritar estridentemente, mientras Carmody se debatía en el suelo a punto de ahogarse.

—Calma —dije, con voz mesurada—. ¿Por qué esos gritos?

Eve se quedó de piedra y abrió unos ojos como platos.

—La pistola ametralladora... —susurró—. ¿De veras no piensas matarnos?

Reí a carcajadas.

—¿Mataros? No, querida Eve. Sólo cogí la pistola por si en un arrebato, tú o este pingüino decidíais levantaros la tapa de los sesos. En cuanto a mí..., tengo bastante con la película en color que he filmado de vuestra escena de amor. —De repente, me puse serio—. Eve, pide el divorcio mañana. Ojalá consigas que el doctor Carmody se case contigo. ¿Se anima, doctor Carmody? ¿O no?

Por la expresión del médico, deduje que para él, Eve era buena para una *petite adventure*, pero no para comprometerse mediante el dulce lazo del matrimonio.

Ya me disponía a marcharme, cuando Carmody dio unos ridículos saltitos hacia mí y gritó:

—¡Espere, Devine! ¡No puede marcharse así!

—¿Por qué no? ¿O es que pretende que protagonicemos un *menage a trois*? —me burlé.

—No se trata de eso —farfulló—. Pero esa película que dice haber tomado... podría arruinar mi carrera. ¿Cuánto quiere por

ella?

—Si le pidiera diez mil dólares, querido doctor, ello le acarrearía a usted una nueva indigestión de papel moneda —respondí, ácido. Y agregué—: Pero no tema... No pienso utilizar la película. A cambio, sólo tiene que hacer una cosa: convencer a Eve para que se apresure a presentar demanda de divorcio. En cuanto a ti, querida —dije, volviéndome hacia ella—, puedes aducir crueldad mental por mi parte. ¿No es lo clásico?

La dejé mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

Salí por la puerta de la cocina.

«Sade» gruñó levemente al verme.

Vacilé unos instantes.

Finalmente me acerqué al perro, desenganché su cadena y «Sade» se vino conmigo, saltando de contento.

El perro era mío. Le tenía cariño al animal, y, por otra parte, yo iba a sentirme muy solo a partir de entonces.

Así pues, juntos, «Sade» y yo nos alejamos de la casa.

CAPÍTULO VIII

Me preguntaba constantemente qué buena obra habría hecho yo para merecer aquellos diez mil dólares que había encontrado en mi bolsillo.

Por supuesto, la gente no suele regalar tanto dinero a cambio de nada. Y allí residía mi preocupación.

Acababa de comprar un «Rambler» azul en bastante buen estado y me dirigía hacia Marin County, en uno de cuyos edificios comerciales tenía su despacho Douglas Pharr, el abogado que me había defendido en el juicio por la muerte de James Durban.

Dejé a «Sade» sobre el asiento trasero del coche y subí al despacho de Pharr.

El abogado dio un respingo sobre su sillón al verme entrar.

—¡Devine! —gritó, estupefacto—. ¿Es que ha cometido la locura de fugarse...?

Le tranquilicé. Pero tuve que mostrarle mi certificado penitenciario para convencerle de que mi salida de la cárcel se debía a un indulto.

No perdí el tiempo con él. Pharr me interesaba porque suponía que era él precisamente quién había hecho las gestiones para obtener mi indulto, pero estaba claro que el abogado nada tenía que ver con el asunto.

Supe por Pharr que Eve no se había molestado en pagar la minuta correspondiente a la defensa, aunque yo le había dejado dinero suficiente para ello.

Pagué al abogado y le encargué que se hiciese cargo de mi representación en la causa por divorcio que mi esposa se apresuraría a iniciar. Poco después, abandonaba el despacho.

Me sentía sumamente intrigado.

Una persona se había tomado un interés desmesurado por mí. Tanto, que había conseguido nada menos que un indulto total para

mí.

Y otra persona depositaba en mi bolsillo la considerable suma de diez mil dólares.

—Algo no anda bien en todo esto —me dije.

No me sentía muy satisfecho. En poco más de veinticuatro horas, mi inicial optimismo se había convertido en un pesimismo agorero. Y tenía razones para no sentirme alegre: mi relación con Eve había terminado brusca y escandalosamente.

De todas formas, estaba satisfecho por haber reaccionado como un hombre civilizado. Ciertamente que cuando sorprendí a Eve en compañía del doctor Carmody, la ira me cegó, y por un instante, el ansia homicida se desató dentro de mí.

Pero vi a Carmody haciendo ridículos esfuerzos por cubrir sus desnudeces, y a Eve, con sus mejillas grotescamente manchadas de *rimmel* de sus ojos... y mis nervios se relajaron.

Todo debía limitarse a considerar que el amor entre Eve y yo se había esfumado. Quedaba la angustia y la desesperanza, eso sí.

Pensando en Eve, decidí volver a nuestra casa de Painoma Street. Debía recoger algunos trajes y la mayoría de mis utensilios personales, puesto que nuestra vida en común había terminado.

Cuando llegué ante el hotelito, el «Ferrari» del doctor Carmody había desaparecido.

Llamé a la puerta principal, pero como al cabo de unos cuantos minutos, nadie respondió a mi llamada, rodeé la casa y abrí con llave la puerta de la cocina.

Eve no estaba allí.

Me daba igual. Para lo que tenía que hacer, era incluso preferible que ella hubiera decidido ausentarse.

Abrí un armario y saqué una maleta. Al tirar de ella desde lo alto del maletero, algo me golpeó en el hombro y rebotó sobre el pavimento.

Me incliné y tomé el revólver.

Era un 38. Con cachas de nácar. Idéntico al que James Durban había esgrimido contra mí el día en que le maté de un golpe en la garganta.

Debí palidecer al compás de mis pensamientos.

«Eve lo ocultó a propósito para que la policía no pudiera encontrarlo. Y con ello, consiguió que yo fuese condenado a veinte

años de prisión», murmuré rabiosamente entre dientes.

¿Por qué..., por qué había hecho Eve algo semejante?

Sólo había una respuesta:

«Escondió el arma para complicarme, para deshacerse de mí», reflexioné.

El furor que sentía era tan intenso, que apenas me permitía respirar.

Al cabo, conseguí serenarme un tanto y comencé a colocar mis ropas en la maleta.

Mil ideas a cuál más tempestuosa, bullían en mi cerebro. Tenía que vengarme de Eve, debía desenmascararla, hundirla...

Es una pobre, una miserable mujer, me dije. Y decidí dejar las cosas como estaban.

Porque ¿qué conseguiría yo enviando a Eve a la cárcel? Sólo hacer más intensa mi amargura, ésa era la verdad. Porque nadie iba a quitarme ya mis cinco años y medio de prisión.

Tomé la maleta —en la que había metido el revólver— y abandoné la casa. «Sade» me recibió con alegres gruñidos cuando me senté tras el volante.

Ésa era mi única compensación: la lealtad, la fidelidad de mi perro.

Imaginaba que Eve iba a sentirse muy inquieta en cuanto abriera el armario.

Me la imaginé pálida, temblorosa, cuando advirtiese que faltaban algunos de mis trajes, la maleta... y el revólver.

Yo estaba seguro de una cosa: Eve se apresuraría a poner tierra por medio entonces. Y tal vez eso sería lo mejor: no volver a verla jamás.

Era una bonita situación. Solo, sin empleo, frustrado...

Cierto que tenía dinero en el bolsillo, que yo había empezado ya a gastar alegremente, sin saber todavía qué me exigirían a cambio de aquellos diez mil dólares.

En aquel momento, recordé al desdichado Ben Karmel y su fantástica historia. ¿Y si todo fuera verdad, si en algún lugar próximo a Red Bluff descansasen, ocultos, cinco toneladas de lingotes de oro?

En mi situación, no podía permitirme escrúpulos de ninguna clase. La policía me había retirado mi permiso para ejercer la

investigación privada, y a mis treinta y seis años, no sería muy fácil comenzar de nuevo.

¡Si pudiese llegar hasta aquella fabulosa cueva de Alí-Babá...!

Decidí realizar algunas comprobaciones, que a nada me comprometerían.

Puse el motor en marcha y arranqué.

A unos cien metros de allí, un «Ford-Capri» brotó de repente por la derecha.

Hundí el pie en el pedal del freno, pisé a fondo..., pero el paragolpes de mi coche embistió lateralmente al «Ford-Capri», y le obligó a dar una vuelta en redondo.

Me aguanté la maldición que estaba a punto de brotar de mis labios, cuando advertí que una rubia cabellera colgaba fuera de la ventanilla del coche al que acababa de embestir.

Salté fuera del «Rambler» y corrí hacia el otro automóvil.

Una mujer muy joven yacía de costado sobre el marco de la ventanilla.

Me asusté. La chica parecía muerta.

Abrí la portezuela con cuidado, la incorporé despacio y recosté su cuerpo sobre el respaldo del asiento.

Por fortuna, volvió en sí en seguida.

Entreabrió los labios, exhaló un gemido y se llevó una mano a la frente.

Era una muchacha preciosa.

Tendría veinte o veintidós años, unos cabellos rubios y sedosos un tanto largos, una frente abombada, ojos gris claro, nariz perfecta y sensitiva y una bellísima boca, de labios carnosos.

—¿Qué tal se encuentra? —pregunté.

—Bien... Creo que sólo fue un desmayo. ¡Oh, lo siento! La culpa fue mía, no voy a negarlo —respondió, turbada.

—¿Está segura de que no ha sufrido daño? Puedo llevarla a un puesto de socorro —ofrecí.

—No, no, por favor. Me siento bien.

—¿Por qué tenía tanta prisa? Yo tenía preferencia, pero usted brotó, a mi derecha a tanta velocidad, que me fue imposible frenar a tiempo. Pude matarla —le reproché.

—Tiene toda la razón. Conducía distraída y... No se preocupe,

estoy dispuesta a correr con los gastos de reparación de su coche...

Sonreí, irónico.

—Creo que más bien debe pensar en los gastos de reparación del suyo. Me temo que haya quedado un tanto abollado.

La ayudé a salir del coche y juntos examinamos los desperfectos del bonito automóvil deportivo.

El encontronazo había aplastado las chapas sobre la rueda trasera, cuyo disco se había doblado ostensiblemente.

—Tendré que dejarlo aquí y tomar un taxi —dijo ella, nerviosa. Y de pronto, me ofreció su mano—: Discúlpeme, me siento tan desconcertada que olvidé presentarme. Soy Jean Mansfield.

—Frank Devine —respondí—. ¿Quiere que la lleve a algún sitio?

—Me disgustaría hacerle perder el tiempo. El lugar al que me dirijo está lejos de aquí —repuso ella, tímida.

—No importa. Tengo tiempo. Venga. —Entré en mi coche, que no había sufrido desperfectos, abrí la portezuela derecha y la invité a subir—. ¿Adónde quiere que la lleve?

—A Berkeley. Estoy terminando la licenciatura en Económicas. En realidad, hoy es mi último día en la Universidad. Sólo tengo que presentar mi tesis, pues mi carrera está terminada —explicó.

Aprobé sus palabras con un gesto y puse el coche en marcha.

Me gustaba Jean Mansfield. Era guapa, educada, fina. Todo lo contrario de Eve, que si bien era atractiva, apenas tenía gusto para vestirse y utilizaba un lenguaje de lo más chabacano.

Durante el camino, advertí que Jean se mostraba inquieta, aunque trataba de disimularlo.

Miraba con frecuencia hacia atrás y se agitaba de vez en cuando sobre su asiento.

—¿Qué le pasa? —exclamé—. Se diría que le persigue el diablo...

Trató de desviar la conversación, pero finalmente me confesó que se sentía muy nerviosa porque un individuo llevaba siguiéndola algo más de dos semanas.

—Es un hombre de unos cuarenta y cinco años, delgado y moreno, que me abordó por primera vez hace unos quince días. Trató de abrazarme, pero yo le rechacé y conseguí huir. Debe ser un obseso sexual, supongo. Conduce un potente «Chevrolet» y le veo a todas horas, en cualquier parte. Su constante persecución ha llegado

a alborotar mis nervios.

—¿Por qué no lo ha denunciado a la policía? —quise saber.

—He pasado los últimos meses obsesionada por terminar mi carrera. No quería perder tiempo, verme citada constantemente en comisaría y todo eso, ¿comprende? —Se retorció las manos, inquieta—. Ese hombre se ha convertido en mi sombra y lo cierto es que me asusta y me repele.

Me sentí impresionado.

—¿Por qué no me da su teléfono, Jean? He sido policía e investigador privado y podría ayudarla, en caso necesario. Aún no tengo domicilio fijo, pero la llamaré para darle mi dirección hoy mismo. La verdad es... —Me costaba gran esfuerzo confesarlo— que acabo de salir de la cárcel.

Jean Mansfield no demostró la menor sorpresa ante mi declaración. Sencillamente, se limitó a dictarme su teléfono, que anoté sobre una pequeña hoja de agenda, y añadió que se alojaba en la residencia Adams, próxima al Buena Vista Park.

Conduje en silencio el resto del trayecto, hasta que el «Rambler» se detuvo cerca del campus de la Universidad de Berkeley.

Jean estrechó mi mano con cierta urgencia y murmuró:

—Usted me inspira confianza, Frank. No tarde en llamarme.

Sonreí y retuve su fina mano un momento entre las mías.

—No tema. La llamaré antes de que anochezca —prometí. Y añadí—: Buena suerte con su tesis, Jean.

Tenía los ojos brillantes, húmedos, cuando alzó la mano y caminó rápida hacia la Universidad.

«Una guapa chica», me dije.

Di marcha atrás para cambiar de sentido y me alejé de Berkeley.

CAPÍTULO IX

Un investigador privado conoce, si es un buen profesional, todos los trucos de su profesión y yo utilicé aquella tarde todo cuanto sabía para hacer más fácil mi trabajo.

A las cuatro de la tarde, tumbado cómodamente sobre mi cama del motel Aurora, a quince kilómetros de San Francisco, y con el teléfono al alcance de mi mano, había averiguado muchas cosas importantes.

Sabía que la empresa Wardson, de Chico, había alquilado diez años atrás camiones y grúas a Charlie Ravani, propietario de una empresa dedicada a la compra de chatarra.

Quise saber algo concreto acerca de la compañía Gold Californian Limited. Y obtuve, asimismo, datos sustanciosos.

La Gold había quebrado unos ocho años atrás. La compañía se había disuelto, absorbida por otras empresas más sólidas. Su director gerente había muerto, así como dos de los ingenieros más antiguos de la compañía. De su consejo de administración no quedaba ni un solo personaje.

Así pues, investigar discretamente acerca de la Gold Californian sería tanto como perder el tiempo lastimosamente.

Con la lista telefónica en las manos, perdí un par de horas de mi tiempo. Pero no todo fue en balde.

Tras hacer algo más de cuarenta llamadas telefónicas, conseguí ponerme en contacto con una persona llamada Jane Grove.

Suponía que Jane Grove sería la esposa de Chad, uno de los compañeros de Karmel, hombre del grupo escogido de Charlie Ravani.

—Chad es mi hermano —confesó la señora Grove, que vivía de la venta de periódicos en un puesto de Masonic Avenue—. ¿Para qué quiere hablar con él? —preguntó la mujer, cauta.

—Le debo cien dólares, desde hace algunos años, y quisiera

devolvérselos. Verá, señora Grove, voy a ser franco con usted: no pude devolvérselos porque... estuve hasta ahora en la cárcel.

Jane Grove se animó ostensiblemente.

—Le encontrará en los servicios del Everything Club. Chad trabaja allí hasta la una de la madrugada —me informó.

Le di las gracias y colgué. Seguí buscando en la guía.

Me interesaban las personas que se apellidasen Johnson, Daffie Amato... Es decir, todos los compañeros de Ben Karmel en el asalto al mercancías de la Gold Californian Limited.

Por desgracia, no obtuve ningún dato positivo, por lo cual marqué el número de la residencia Adams. Jean Mansfield no estaba en sus habitaciones, pero el conserje tomó nota de mi recado y me prometió hacerlo llegar hasta Jean.

Abandoné mi habitación hacia las nueve de la noche. Caminé sin prisas hacia la carretera, muy cerca de la cual, en un caminito sombreado por sauces, había dejado mi «Rambler».

Encendí un cigarrillo. Lanzaba la primera bocanada de humo al fresco aire nocturno, cuando vi a los dos mecánicos que se aproximaban a mi automóvil.

Me escamé.

Inmóvil, detrás del tronco de un grueso sauce, aguardé.

Los dos mecánicos dirigieron una ojeada a la fachada principal del motel y luego uno de ellos abrió la portezuela de mi coche, al tiempo que el otro dejaba en el suelo una caja de herramientas.

No quise intervenir. Imaginé que aquellos dos hombres se disponían a reparar un automóvil averiado y que probablemente se habían equivocado de coche.

Pero en los alrededores no había ningún coche de mi marca, ni siquiera de color azul, como el mío.

Uno de los dos hombres se introdujo en el coche y comenzó a maniobrar bajo el panel de instrumentos.

Entretanto, el otro mecánico se inclinaba para abrir su caja de herramientas y sacaba algo que no pude ver muy bien.

Por mi parte, aproveché el momento para avanzar quince o veinte pasos hasta detenerme tras el seto que limitaba el aparcamiento.

El hombre que estaba delante alzó el capot de mi coche. Y en aquel momento —me encontraba a ocho metros de distancia— oí el

gruñido de «Sade», mi perro *boxer*.

Le vi saltar, furioso, sobre el hombre que seguía manipulando en el contacto y adiviné lo que iba a sobrevenir inmediatamente.

Se dejó oír un alarido angustioso. Dentro del coche, «Sade» había hecho presa en el cuello de aquel individuo, el cual trataba desesperadamente de escabullirse de la temible tarascada del *boxer*.

El mecánico que manipulaba ya en el motor de mi coche abandonó su caja de herramientas y huyó a través de los coches estacionados en la explanada que antecedió al motel.

Corrí hacia allá, consciente de que «Sade» podía degollar fácilmente al hombre que se debatía en el interior del «Rambler».

—¡Quieto, «Sade»! ¡Suelta! —grité, mientras galopaba a toda velocidad hacia el coche.

Alguien saltó fuera de una furgoneta gris, estacionada a unos veinticinco metros de distancia. Como era de noche ya, pude ver el cárdeno resplandor que brotaba de una metralleta y me arrojé de cabeza contra el seto de boj que limitaba la explanada.

Por encima de mi cabeza, las verdes ramas saltaron tronchadas en diminutos fragmentos.

Numerosas balas se incrustaron en los troncos de los árboles próximos y algunas perforaron las planchas de las carrocerías de los automóviles estacionados en aquella zona.

Me incorporé unos centímetros sobre el húmedo mantillo recién regado y a través de las ramas vi moverse unas piernas. ¡Alguien estaba arrastrando el cuerpo de otra persona!

Me mantuve inmóvil, ya que estaba desarmado, puesto que la M-10

era excesivamente voluminosa para llevarla durante todo el día encima, y había optado por dejarla en el coche, oculta en lugar seguro.

Unos segundos después, un motor zumbó fuerte y los neumáticos de la furgoneta despidieron con fuerza la gravilla del piso.

La furgoneta se perdió en la distancia y yo me incorporé. Allá, en el motel, algunas personas gritaban excitadas.

Me acerqué a mi coche y vi a «Sade». Estaba vivo, indemne. Pero la tapicería del asiento delantero estaba profundamente manchada de sangre, así como la moqueta azul del piso.

—Eres una especie de bestia —murmuré para «Sade»—. Es

posible que hayas matado a ese fisgón.

El perro movió el muñón de su cola y se sentó, disciplinadamente, sobre el piso.

Un reguero de sangre marcaba el rastro del cuerpo que otros hombres habían arrastrado hacia la furgoneta. Desde luego, lo más probable era que aquel infeliz que había recibido la tarascada de «Sade» no saliese con vida del lance, teniendo en cuenta que el perro había hecho presa en su cuello.

Ya me disponía a bajar el capot, cuando vi aquel bulto blancuzco sobre la culata del motor.

Lo tomé con cuidado y lo miré. Era un pedazo de explosivo plástico de más de un kilo de peso, unido a un excitador electrónico.

Es decir, lo que aquellos dos mecánicos habían intentado era colocar una potentísima bomba junto al motor de mi coche.

Por fortuna, «Sade» no les había dado tiempo a conectar el explosivo con la llave de contacto. Caso contrario...

Junto a las cristaleras del motel se habían reunido muchos curiosos que parecían indecisos. Así que cerré el capot, di al contacto y me marché.

Pero ahora comenzaba a sentirme íntimamente preocupado, mientras conducía a mediana velocidad hacia San Francisco.

Instalado el explosivo de goma plástica, hubiera bastado con accionar la llave de contacto para... ¡plaf!, saltar convertido en menudos fragmentos de carne, piel y huesos.

Perplejo, me pregunté quién podría desear mi muerte.

¿Eve, la señora Durban? Era absurdo.

De todas formas, yo pensaba visitar aquella noche a Chad Grove, en el excitante Everything Club.

Dejé estacionado mi coche a unos cien metros del club, en lugar discreto y distante, donde no pudiera ser visto fácilmente, y me gasté cuarenta dólares en una entrada.

El programa anunciaba cálidos números de *strip-tease* y otros *shows* eróticos, pero yo no pasé de la barra. Bebí una cerveza y pregunté a un barman la dirección por la cual se llegaba al lavabo.

Al final de un largo pasillo, montaba guardia un hombrón que llevaba colgada al cuello una cajita de plástico con cigarrillos.

Aquel hombre, de unos cincuenta y cinco años, era Chad Grove.

Cubría sus ojos con unas gafas oscuras e iba correctamente vestido con un traje oscuro.

—Buenas noches, Chad —dije.

Ni uno solo de sus músculos faciales se movió. Pero Grove parecía envarado.

—¿Es usted Frank Devine? —preguntó, con voz ronca.

—Exactamente.

—Váyase —murmuró, sin alzar la voz. Y repitió—: Váyase ahora mismo.

—¿Por qué? Sólo quiero hablar unos minutos con usted, Chad. No quiero hacerle el menor mal... Por el contrario, si llegamos a un acuerdo, usted podrá embolsarse un buen puñado de dólares.

—Usted le mintió a mi hermana, señor Devine. Usted no me debe nada —advirtió Grove, con voz tensa.

Era un hombre macizo, fuerte, de facciones duras, cuadradas, en el que se advertía una peligrosidad latente.

Hasta entonces no se había girado a mirarme ni una sola vez, pero parecía prevenido, dispuesto para cualquier eventualidad.

Yo me acerqué hacia el, saqué un paquete de cigarrillos y le ofrecí uno. Pero Grove no se movió. Y entonces, de repente, comprendí que aquel hombre era ciego.

¿De qué otra forma, si no, podía explicarse que un *gángster* como Grove, se hubiera visto obligado a ganarse la vida de una forma tan humillante como aquélla?

—Es cierto, mentí —confesé, llevándome el cigarrillo a los labios—. Pero lo hice porque estaba seguro de que nadie, de otra forma, querría orientarme hacia usted, Chad.

—Váyase —murmuro Grove, mordiendo las palabras.

Súbitamente, movió el brazo derecho y su bastón zumbó en el aire.

Salté hacia atrás, en una reacción inconsciente. Y el macizo bastón se estrelló en la pared, a la altura de mi cabeza, y dejó una profunda marca sobre el estuco.

Aquel golpe, de haberme acertado, me hubiera derribado redondo. En el caso de que mi cráneo fuera suficientemente sólido para no saltar en esquirlas de hueso, claro está.

Saqué la

que colgaba de mi hombro, bajo la chaqueta, y monté el cerrojo.

—Debería matarle por esto, Chad —bramé—. Pero no voy a hacerlo... porque usted y Ben Karmel eran amigos.

Se inmuto.

—Usted... ¿usted conoce a Karmel? —Las ventanillas de su nariz se habían dilatado en un gesto de ansiedad.

—Le conocí. Fuimos amigos. Karmel ha muerto —respondí.

Y tuve que guardarme apresuradamente la pistola, pues un individuo gordo y sudoroso avanzaba pasillo adelante.

CAPÍTULO X

—Venga conmigo. Tengo un cuartito, aquí, muy cerca, donde podremos hablar —dijo el ciego.

Le seguí. Poseía una seguridad absoluta para desplazarse, porque en ningún momento utilizó su macizo bastón de haya.

Penetramos en una pequeña habitación llena de utensilios de limpieza y me ofreció un taburete, tras lo cual se dejó caer pesadamente en otro asiento.

Le expliqué muchas cosas acerca de Karmel. Le di detalles para convencerle de que Ben, de alguna forma, confiaba en mí, y, finalmente, le hablé del suicidio del viejo pandillero.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó después Grove, que parecía muy impresionado—. Usted parece tener mucho interés en todo esto. Sí, admito que participé en aquel «trabajo», pero no sé dónde escondió el oro el jefe. Sólo Charlie y Karmel lo sabían.

—No quiero que me diga más de lo que quiera decirme. Karmel era un amigo. No estoy seguro de que se suicidase. Tal vez lo arrojaron al vacío. Ahora que estoy en libertad, quiero realizar una investigación acerca de ello. Y pienso pagarle, Chad. Le daré mil dólares. Aquí los tiene.

Puse en su mano diez billetes de cien dólares, que Grove recogió con absoluta indiferencia.

—Corro un grave riesgo al hablarle, Frank. Aunque soy un pobre ciego, algunos de mis delitos por lo que jamás fui juzgado no han prescrito todavía. Aunque no sienta interés alguno por vivir, me desagradaría mucho ir a dar con mis huesos a la cárcel.

Tomé una de sus manos y la oprimí.

—Puede creerme o no, pero le aseguro que jamás le comprometeré, Chad. Es lo único que puedo decirle —afirmé.

—Está bien. De todas formas, hay poco que contar —confesó—. Dejamos los camiones y las grúas en Chico y volvimos

tranquilamente a San Francisco, en un autobús de Greyhound...

Durante el trayecto, Jack Daffie se sentía muy nervioso.

—Es una tontería. Tenemos el oro... ¿por qué esperar? —había repetido varias veces de forma insistente.

Finalmente, Charlie se encrepó:

—Eres un perfecto idiota, Jack. La Gold habrá enviado ya a aquella zona docenas de pistoleros, dispuestos a registrar coche por coche, camión por camión, hasta encontrar el oro. Para Gold se trata de una operación ilegal, por lo que no puede denunciar el robo a la policía. Es decir, tienen que solucionarlo por su cuenta. Poseen dinero, poder, hombres... Cribarán la zona hasta convencerse de que las cinco toneladas de oro se han volatizado, ¿comprendes? Si nosotros hubiésemos emprendido el viaje con el botín a San Francisco, a estas horas, probablemente, estaríamos muertos.

Tenía razón. La Gold Californian no iba a resignarse fácilmente a perder cuarenta millones de dólares.

El proyecto de Charlie era dejar pasar un mes o dos para volver posteriormente, preferiblemente de noche, a aquellos parajes y rescatar el oro, que sería repartido, convertido ya en dinero, de la forma acordada.

El grupo de Ravani llegó a San Francisco a las doce del mediodía. Charlie ordenó que todos se disgregaran hasta una semana después y él se dirigió en un taxi a su lujosa residencia de El Borde.

Moll, la chica con la que Charlie vivía desde unos dos años atrás, le anunció nada más llegar:

—Llevan llamándote por teléfono desde las nueve, Charlie. Al parecer, a alguien le ha ocurrido un accidente.

Ravani tomó el teléfono y escuchó. Le llamaba la policía y, claro está, se puso tenso inmediatamente.

—Ha ocurrido un accidente a unos cincuenta kilómetros de Red Bluff, señor Ravani. Una colisión de trenes... Siento comunicárselo, pero su hija Cheryl ha muerto ahogada dentro de uno de los vagones del tren que la conducía al Parque Nacional Lassen. Su hija formaba parte de un grupo de universitarios que habían organizado una gira al parque nacional. Junto a su cadáver se encontró un bolso. En una pequeña agenda vimos su nombre y dirección y...

Chad se pasó una mano por el rudo mentón.

—Lo había calculado todo a la perfección. Ni un solo fallo en toda la operación. Sólo se olvidó de una cosa: Cheryl llevaba dos semanas anunciándole que la habían invitado a aquel viaje al Parque Lassen y él accedió de buen grado a que su hija asistiese con sus amigos y amigas. Sé que Charlie conocía incluso la fecha en que Cheryl partiría hacia Lassen. Pero Charlie, obsesionado por la operación Gold, lo olvidó.

—Una coincidencia dramática —comenté, profundamente impresionado.

—Sí —asintió Chad Grove—. Charlie sufrió un terrible ataque de nervios, al conocer la noticia. Al pasar los días, fue calmándose un tanto. Su única obsesión fue financiar un mausoleo a la memoria de Cheryl, donde reposarían sus restos. Era un hombre exaltado y se gastó más de doscientos mil dólares en aquel monumento funerario, que de nada serviría ya, puesto que Cheryl había muerto. Charlie se desahogaba sobre el pecho de Moll, la guapa chica con la que vivía. Fui algunas veces a verlo y le sorprendí llorando a lágrima viva inclinado sobre Moll. Me daba lástima. Luego, un día, Charlie me citó en su finca de El Borde...

Cuando Chad llegó allí, eran las cuatro de la tarde. Hacía bochorno y la casa parecía desierta.

—Entré sin hacer ruido y subí por la escalera exterior hasta las habitaciones superiores, las que más solía utilizar Charlie. El jefe dormía pesadamente sobre su anchísima cama, de dieciséis metros cuadrados, forrada de finísimas pieles... No quise despertarle y descendí por una de las escaleras interiores. Pensaba encontrarme con Moll y la encontré. Ella y Jack Daffie, completamente desnudos, estaban haciéndose el amor en uno de los dormitorios. Retrocedí despacio para que no advirtieran mi presencia. En realidad, aquello no suponía ninguna sorpresa para mí: había sorprendido muchas veces a Daffie en actitudes equívocas respecto a Moll.

Chad subió a las habitaciones de Ravani y aguardó hasta que aquél despertara de su prolongada siesta.

Dudó entre callar y hablar, pero finalmente se decidió por lo último.

Ravani no dudó ni un solo segundo:

—Está bien, Chad. Llama al doctor Grayman y márchate.

Grove obedeció. Al cabo de unos días supo la verdad: Charlie Ravani había hecho castrar a Jack Daffie. Una venganza terrible, inhumana, total.

—¿Eso es todo? —pregunté, advirtiéndole que Chad Grove había quedado silencioso.

Carraspeó. Parecía embarazado.

—¿Qué quiere que le diga? Ben Karmel se emborrachó dos días después. Se peleó en un bar y mató a un hombre a puñaladas. La policía le detuvo y le fueron probados otros tres o cuatro homicidios. Le encerraron.

—¿Y Amato, el sobrino de Ravani?

—Era un muchacho joven, fogoso y atolondrado. Tenía un coche muy potente, trucado, y sentía vocación por esos juegos locos de conducir a doscientos kilómetros por hora durante la noche, por carreteras apartadas. Su pasión residía en apagar los faros cuando alcanzaba el máximo de velocidad. Una noche lo hizo... y sus sesos quedaron estampados contra el radiador de un camión pesado...

—¿Qué fue de Hugh Johnson? —insistí.

—Otro loco. Tanto como cualquiera de nosotros. Ravani había enfermado de los nervios y tuvo que ser ingresado en un centro psiquiátrico, después de haber intentado suicidarse de un balazo en la cabeza. El nos mantenía unidos por una férrea disciplina, pero cuando Charlie faltó, todo se desmoronó. En cuanto a Johnson..., era un tipo que desafiaba a la suerte constantemente. Le gustaba jugar a la ruleta rusa... a cambio de una apuesta de dos mil dólares. Es un juego de desesperados, como puede suponerse. Johnson había jugado en cuatro o cinco ocasiones, con éxito. Pero la última vez, tomó el revólver y... la bala le destrozó la cabeza.

—Pero queda Daffie...

Las facciones de Chad Grove se tensaron.

—¡Ese canalla! —rugió—. Ignoro cómo logró saberlo, pero lo cierto es que un día llegó a mi casa y dijo: «Charlie ha salido del hospital y quiere vernos a todos. Acompáñame». Le seguí sin el menor recelo. Y fuera, dos tipos se echaron sobre mí y me golpearon con barras de hierro hasta que perdí el conocimiento.

—¿Y...?

—Cuando volví en mí, me encontré atado sobre una barra de hierro oxidado. No podía ver nada, pero sentía un dolor vivísimo en

los ojos. Instintivamente me llevé allí una mano y comprobé que mis ojos estaban vendados. Alguien soltó mis ligaduras y dijo: «Puedes ir, Chad». Me habían arrancado los ojos.

Un escalofrío de horror me agitó intensamente.

—¿Fue Daffie? —pregunté, al fin.

—No. El trabajo lo había realizado un profesional, a juzgar por los vendajes y la cuidadosa cura. Daffie encargó el trabajo, pero debió hacerlo un profesional, es decir, un cirujano.

Yo estaba pensando en aquel momento en lo que el propio Grove había confesado momentos antes: Ravani se había valido de un tal doctor Grayman para castrar a Jack Daffie.

—Grayman, entonces —insinué.

—No lo sé —respondió el ciego—. Desde luego, Grayman era un hombre amoral, que realizaba intervenciones quirúrgicas ilegales a cambio de elevadas cantidades de dinero. Pero ¿cómo puedo asegurarlo si yo permanecí inconsciente mientras me extirpaban ambos ojos?

—¿Dónde vive ahora Daffie? —le pregunté.

—Hubiera dado mi alma por vengarme de Daffie, pero no pudo ser. Según los medios de difusión, Daffie alquiló una tarde una lancha a motor y se hizo a la mar. Había comprado veinte cartuchos de dinamita, que dispuso alrededor de su pecho y su cabeza. A dos millas de la costa, prendió luego a la mecha y... sólo encontraron fragmentos de su cadáver.

—Al parecer, es usted el único superviviente del grupo escogido de Charlie Ravani —dije.

—Así es, puesto que usted me asegura que ha muerto Karmel. Ravani se disparó en la sien. Vivía obsesionado por la idea de que él y sólo él había matado a su hija, y en cierto modo así era, y los remordimientos no le dejaban vivir. La bala que debía matarle no le destrozó por completo el cerebro, pero se lo lesionó gravemente. Quedó convertido en un ser elemental, inferior, tan torpe como un niño, como un bebé. Dos años después, murió en el centro psiquiátrico donde fue internado.

Permanecimos un rato en silencio. Yo había fumado un cigarrillo tras otro, profundamente absorto en el relato de Chad Grove.

—Parece ser —dije, luego— que las cinco toneladas de oro de la Gold Californian están destinadas a permanecer ocultas hasta el

final de los tiempos...

Chad unió sus temblorosas manos bajo el cajón de cigarrillos.

—Así debe ser. Ese oro estaba maldito. Ahora, diez años después, comprendo que fuimos todos unos miserables. Cometimos asesinatos, uno tras otro, nos entregamos a la venganza y a la violencia. Muchas personas murieron para conseguir aquellas cinco toneladas de oro. Y llegó lo que había de llegar: el castigo más horrendo. Unos y otros encontraron la más espantosa de las muertes. Yo... Ya me ve: soy un pobre inválido, un ciego...

Me alcé del taburete.

—Se marcha, supongo —dijo Chad, imitándome.

—Sí. Y le agradezco mucho sus informaciones, Grove. Espero que mi dinero le sirva para aliviar su situación —dije, oprimiendo su hombro.

—A mí no me importa el dinero. Los mil dólares se los entregaré a Jane: ella tiene cinco hijos y le vendrá bien. Pero, escúcheme usted, señor Devine. Adivino que se siente usted tentado por llegar hasta el oro de la Gold...

—Es posible —admití.

—Usted parece un hombre distinto a nosotros. He adivinado que es usted un tipo honrado, franco, respetuoso. Procure mantenerse apartado de ese asunto, señor Devine. No podría traerle más que desgracias.

Pasó junto a mí y me abrió la puerta.

—Una última pregunta, Chad —dije—. Oí decir que Ben Karmel tenía una hija.

—Sí. Ben estuvo viviendo durante unos meses con una camarera. Ella se quedó embarazada. Cuando tuvo a la niña, la dejó en manos de Karmel y se largó. Nunca más volvió a verla.

—¿Cuántos años tenía la niña, por entonces?

—Diez o doce años, no estoy seguro. Hágame caso, Frank. Apártese de este asunto. Es mil veces peligroso —insistió.

CAPÍTULO XI

Era muy tarde cuando volví al motel Aurora. En realidad, sólo quería recoger mi maleta, pues aquel lugar no me inspiraba ya la menor confianza, tras el incidente provocado por los dos mecánicos que unas horas antes habían tratado de colocar una bomba en mi coche.

Solté la cadena que mantenía sujeto a «Sade» y le dejé ir ante mí, en dirección a la cabina número diecisiete, que yo había alquilado a mediodía.

«Sade» debía estar hambriento, pues llevaba doce horas sin comer. Si la cocina del motel funcionaba aún, tal vez podría conseguir alguna comida para él y para mí.

De repente, «Sade» lanzó un corto gruñido y partió a la carrera, arrastrando su cadena.

Debía haber visto una rata o tal vez un gato y su instinto le impulsaba a emprender la persecución.

Esperé su vuelta, pero el perro no había retornado al cabo de diez minutos. Di entonces la vuelta a la línea de cabinas y recorrí su parte posterior.

Debía encontrarme precisamente a la altura de la número diecisiete, cuando una luz se apagó al otro lado de la cristalera.

«Debo estar equivocado», pensé. Pero, no. Frente a mi ventana crecía un pequeño naranjo con una muesca en el tronco. El mismo árbol que yo estaba tocando ahora.

No había duda. Algún intruso se había deslizado en el interior de mi cabina y aguardaba mi llegada. E imagino que no precisamente para invitarme a una partida de ajedrez.

Me aparté raudo de aquel lugar, por si alguien me había reconocido a través de los cristales.

«Sade» se cruzó en ese momento entre mis piernas y me arrojó al suelo. Ya me disponía a maldecirle cuando oí un leve

«plop-plop»

próximo y un pedazo de plomo arrancó chispas de la cerca de piedra cercana.

No pude por menos que bendecir a «Sade». Me había derribado providencialmente, porque si no lo hubiera hecho, las balas hubieran perforado mi espalda, con toda seguridad.

Rodé sobre la tierra blanda hasta chocar con la cerca, en una zona más oscura y protectora.

Saqué mi

M-10,

pero no me atreví a disparar, teniendo en cuenta que podía herir a cualquiera de las personas que habitaban las restantes cabinas, dado que las paredes de este tipo de viviendas suelen ser muy livianas y penetrables.

«Sade» husmeaba por los alrededores, lanzando sordos gruñidos de inquietud. ¿Husmeaba al bichejo que había llamado su atención o... era otra la causa de su alarma?

Oí el rumor de un portazo, pero no me atreví a moverme de las tinieblas.

Sólo al cabo de unos minutos y cuando comprobé que todo estaba tranquilo, me incorporé y corrí hacia el final de la línea de cabinas.

Un automóvil arrancó desde la explanada, con brusquedad, y ganó la carretera de forma suicida.

Llamé al perro y descendimos hasta la puerta de la cabina diecisiete. Introduje la llave en la cerradura... antes de comprobar que la puerta estaba abierta, apenas entornada.

«Sade» se metió entre mis piernas y entró. Esperé. Pero el perro salió en seguida, sin demostrar la menor inquietud.

Entré, registré la cabina. Había ceniza de cigarrillos en el suelo, pero por lo demás no existía el menor peligro.

Descolgué el auricular del teléfono, encargué comida para el perro y para mí, y volví a marcar el número de la residencia Adams, para comunicarme con Jean Mansfield.

Jean..., igual que la hija de Ben Karmel.

«Pura coincidencia», decidí, encogiéndome de hombros.

Un conserje, malhumorado conserje —seguramente le había despertado de su sueño— me dijo que la señorita Mansfield no

había vuelto a la residencia..., a pesar de que eran cerca de las dos de la madrugada.

Un camarero trajo una bandeja con la comida. Le pagué antes de que se marchara y agregué una propina.

Tomé un par de bocadillos y «Sade» se tragó una gran lata de comida para perros. Poco después, abandonábamos la cabina, tras dejar la llave en su cerradura. Como había pagado por anticipado mi alquiler de una semana, no me creía obligado a dar explicaciones respecto a mi marcha.

«Sade» y yo dormimos aquella noche dentro del coche, oculto entre los troncos de un espeso bosquecillo de pinos. En cualquier caso, era preferible aquel incómodo lecho a la posibilidad de que nos hiciesen volar en pedazos, en una habitación del más confortable y fastuoso de los hoteles.

Sin embargo...

Antes de dormirme, volví a pensar en Jean Mansfield.

La sospecha me mantuvo despierto durante un par de horas. Porque lo cierto era que la única persona que sabía que yo ocupaba la cabina diecisiete del motel Aurora, *era precisamente Jean Mansfield*, a la que yo había llamado a las siete de la tarde para darle mi número de teléfono y mi dirección.

Por otra parte, el hecho comprobado de que Jean no se encontrase en la residencia Adams a las dos de la noche, venía a ser como una confirmación de que la bella jovencita rubia me había jugado una mala pasada.

¿Sus razones? Sólo ella podría conocerlas.

Me desperté muy temprano. Cerca estaba la carretera y los camiones pesados con motores diesel suponían un verdadero sobresalto cada vez que pasaban a cien kilómetros por hora, a poco más de quince metros del bosquecillo donde «Sade» y yo nos guarecíamos.

Miré el reloj. Siete menos veinte de la mañana.

Me desperecé y puse la radio. No presté mucha atención en principio, pero reaccioné como un cable de acero cuando escuché aquellas frases...

—... Secuestrada anoche, hacia las dos y media de la madrugada, en su habitación de la residencia para estudiantes

Adams... Jean Karmel, de veintidós años, rubia, ojos gris claro, nariz normal... Falda azul, chaqueta ante, botas...

Elevé inmediatamente el volumen de la radio. Y agucé mi oído al máximo.

«Jean Karmel... Pero ella es Jean Mansfield», murmuré. Y súbitamente, lo comprendí todo: Jean Mansfield era Jean Karmel, la hija de Ben Karmel.

Me había mentido, era evidente. O tal vez no. Quizá Mansfield era el apellido de su madre.

El boletín de noticias aseguraba que Jean había sido secuestrada en la residencia Adams hacia las dos y media de la madrugada... poco después de que unos desconocidos se introdujesen en mi cabina del motel Aurora y me ametrallasen desde la ventana posterior, junto al naranjo enano.

«Me he pasado —pensé—. Sospeché de ella, pero Jean no me denunció. ¿O sí?».

Algún tiempo después descubriría que ella era inocente, realmente. Lo que había ocurrido era muy simple. En la residencia, hacia las diez de la noche, le entregaron mi recado, con mi número de teléfono.

Jean llamó en seguida. Y alguien tomó el teléfono en la cabina diecisiete del motel Aurora.

—¿Devine? —preguntó ella.

—¿Devine? Por supuesto... Ejem... Soy yo. ¿Qué tal?

—Tu voz cambia mucho por teléfono, Frank —debió decir la rubia Jean—. Sólo quería hablar contigo... La verdad es que no ha ocurrido nada.

—¿Nada? —murmuró uno de los tipos que habían penetrado en mi cabina—. Probablemente... —Nadie se compromete diciendo una palabra así.

—Quiero decir que no he vuelto a ver a ese tipo, al obseso. Ha sido como mano de santo. Quizá al verte a ti en Painoma... se asustó. Bueno, probablemente estés cansado. Mañana te llamaré.

—Perfectamente. No cuelgues, pequeña... Quiero comprobar tu número de teléfono y tu dirección. No sé si los tomé bien, porque...

—¡Frank! No pareces uno de esos tipos que se equivocan a cada momento. No fue ésa la impresión que me causaste...

—Sin embargo, los nervios...

—Está bien. Anota. El teléfono es...

Así fue. Los tipos que habían penetrado en mi cabina del motel Aurora imaginaron que la mujer que trataba de comunicarse telefónicamente conmigo podía estar relacionada con lo que a ellos les interesaba.

Y en consecuencia, cuando fallaron en su intento de ametrallarme, habían optado por acudir a la residencia Adams, en el Parque Buena Vista, y habían secuestrado a Jean, tal vez con la secreta esperanza de presionarme a mí.

Mis razonamientos parecían tener una lógica evidente, a pesar de lo cual yo me sentía preocupado también por el hecho de que Jean Karmel me hubiera mentido al hacerse pasar por Jean Mansfield.

Los pesados camiones articulados seguían pasando al borde del bosquecillo de pinos en el centro del cual había aparcado mí «Rambler» la noche anterior.

«Sade» estaba desperezándose parsimoniosamente, y luego alargó su hocico ansiosamente hacia la ventanilla, que yo había dejado entreabierta para que se renovase el aire.

Salí a la carretera y emprendí el camino a la ciudad.

Estaba dispuesto a ponerme en contacto con la policía e iniciar por mi cuenta la operación encaminada a rescatar a Jean Karmel. Pero no fue necesario: en comisaría, un viejo amigo, el sargento Russell, me informó:

—¿Jean Karmel? Fue recogida por un coche patrulla en la carretera Ochenta. Creo que está malherida y la llevaron al hospital central.

—¿La rescató la policía? —pregunté.

—No. Al parecer, la chica se arrojó fuera del coche de los secuestradores. Tiene un brazo roto y algunas otras lesiones —dijo Russell.

Muy preocupado, le di las gracias y me encaminé a toda velocidad hacia el hospital.

Tuve que esperar hasta las doce del mediodía para que me autorizasen a verla.

Cuando entré en la habitación, el alma se me cayó a los pies. En mitad del lecho, yacía Jean Karmel con un brazo enyesado y el rostro cubierto por los vendajes.

Sus ojos, que era lo único que quedaba visible de sus facciones, se animaron al verme.

—¡Frank!

—Calma, pequeña. No me alejaré de aquí, cuidaré de ti, me preocuparé de... —murmuré, con voz ronca.

Y tomé su mano izquierda.

Permanecimos en silencio durante unos minutos.

—No es nada —dijo luego ella—. Tengo un brazo roto y algunos arañazos en la cara, que curarán en pocos días —vaciló y añadió—: Supongo que ya sabes que mi primer apellido es Karmel...

—Así es. Pero no quiero hacerte preguntas ahora.

—No es necesario que las hagas. Pienso decirte la verdad.

Confesó que su padre le había hablado de mí.

—Papá tenía confianza en ti, Frank. Y me encargo que hiciese algo por ti.

—Entonces, ¿fuiste tú quien solicitó mi indulto al presidente? —pregunté, estupefacto y admirado.

Jean desvió los ojos, tímidamente.

—Sí. Contraté a un buen abogado, que realizó un magnífico informe sobre tu proceso y las extrañas circunstancias que rodearon la muerte de Durban. Hice lo que papá quería. El parecía siempre obsesionado por la idea de protegerme y me hablo de algunas ocasiones de que un día yo no tendría que preocuparme por nada, puesto que entraría en posesión de una enorme fortuna. Supongo que desvariaba...

—Nada de eso. Tu padre tenía razón. Pero dime una cosa: ¿provocaste nuestro encuentro a propósito? Me refiero al choque de nuestros automóviles.

—En efecto. Yo no te conocía y quería estudiarte para comprobar si en verdad podía confiar en ti. Mentí deliberadamente cuando te hable acerca de un obseso sexual. Todo ello era, digamos, mí «puesta en escena». Quería que sintieses interés por mí para poder estar cerca de ti y comprobar si eras digno de la confianza de mi padre. Por desgracia, él...

—Se suicido —dije.

—Fue una maniobra rastrera, sucia, criminal —exclamo Jean, con los ojos húmedos de lágrimas—. Alguien expidió un falso telegrama, dirigido al director de la prisión. Más o menos así: «Jean

Karmel fallecida accidente automóvil en proximidades Fresno». Cuando mi padre conoció esta noticia, perdió toda voluntad de vivir y...

Prorrumpió en sollozos que estremecían su pecho. También yo me sentía acongojado, pero traté de demostrar entereza para elevar el ánimo de Jean.

—¿Quién crees que envió ese falso telegrama? —quise saber.

—Lo ignoro Tal vez los mismos que me sacaron anoche de la residencia Adams a punta de pistola.

—¿Quiénes eran?

—No los conozco. Sólo sé que eran dos jóvenes muy morenos y una mujer de unos cuarenta años, pelirroja, Penetraron bruscamente en mi habitación y me obligaron a salir, en pijama. Me asusté mucho, pero obedecí. Me introdujeron en una furgoneta gris y luego el coche se puso en marcha. La mujer me hizo algunas preguntas. Parecía tener mucho interés por ti e hizo una extraña alusión a cinco toneladas de oro.

—Y confesaste —insinué.

—¿Confesar? ¿A qué te refieres? —Jean parecía muy sorprendida.

—El lugar donde tu padre y Charlie Ravani ocultaron cinco toneladas de oro, hace unos diez años —puntalicé, tenso.

—¿Cómo podría confesar nada, si todo lo que me cuentas es nuevo para mí?

—¿Estás segura? —pregunté, desconfiado.

—Me desconciertas, Frank. Yo... —Jean estaba afligida—. Pero aguarda. ¿Crees que está relacionado ese oro con el porvenir seguro y desahogado que mi padre me prometía siempre?

—Naturalmente —respondí. Y le conté, de forma resumida, las circunstancias del asalto al convoy de la compañía Gold Californian.

—En ese caso, se trataría del producto de un robo —murmuró.

—Evidentemente. Pero puede afirmarse que esa inmensa fortuna no pertenece ya a nadie. Es decir, puede pertenecer al primero que lo encuentre.

—¿Por qué? No te entiendo.

—El oro era de la Gold Californian, pero todos sus accionistas han desaparecido ya. ¿No comprendes?

Jean desvió la mirada.

—Comprendo que no sería legal apropiarse de esos lingotes, Frank —pronunció, tajante—. Si era ésa la herencia que mi padre me reservaba, renuncio a ella desde ahora mismo.

—¡No sabes lo que dices! —exclamé, desesperado—. Son cuarenta millones de dólares, Jean. Cuarenta millones que podríamos repartir entre los dos. ¿Te lo imaginas? ¡Seríamos riquísimos hasta el final de nuestras vidas!

—Yo no pretendo ser rica —respondió ella, tercamente—. Me he educado en un internado gracias a los cinco mil dólares que papá había depositado en una cuenta a mi nombre. Después... he salido adelante con mi propio trabajo, e incluso he logrado costearme una carrera. Entiéndelo, Frank: no es que desprecie tontamente el dinero. Es, sencillamente, que no sería feliz a base de una fortuna que acarreó tantas desgracias hace diez años.

Insistí una y otra vez, pero Jean se mantuvo en su moralista postura, sin ceder un ápice.

—Estamos apañados —dije, completamente desmoralizado.

Jean lloraba en silencio, con sus lindas facciones veladas por el vendaje.

CAPÍTULO XII

Quince días después, Jean abandonó el hospital.

Se vería obligada a llevar su brazo derecho enyesado durante un par de meses más, pero su rostro había quedado libre de cualquier imperfección. Estaba tan bella como antes del accidente.

Yo no me había separado de su cama del hospital más que en los momentos imprescindibles y Jean me demostraba un agradecimiento sin límites.

Durante aquellos días, yo me había enamorado perdidamente de ella. Creo que Jean también estaba enamorada de mí, pero ninguno de los dos había hecho ningún comentario acerca de nuestros sentimientos.

La verdad era que yo me sentía obsesionado por llegar a descubrir el oro de la compañía Gold Californian.

Douglas Pharr, mi abogado, me había llamado para informarme de que Eve había presentado demanda de divorcio y el asunto caminaba por buenos derroteros.

Durante los quince días de estancia en el hospital de Jean, yo había tenido tiempo para pensar mucho.

Había repasado, punto por punto, el relato de Ben Karmel, respecto a la operación Gold.

Y de repente, me había sentido muy animado.

«¡Soy un estúpido! —me dije—. Precisamente en el relato de Ben está la clave del asunto».

Ben me había dado infinidad de datos, sin proponérselo. Yo sabía el punto exacto donde fue desviado el convoy de la compañía aurífera, los tramos que Ben había hecho avanzar el tren, el lugar donde los lingotes habían sido cargados en la furgoneta «Ford». Prácticamente, lo sabía todo.

No conocía el lugar exacto del escondrijo, pero si se registraban concienzudamente los alrededores...

Finalmente, tuve una corazonada.

«Ravani y Karmel volvieron al tren... sin la furgoneta. Si sepultaron los raíles en el fondo del río, ¿por qué no hacer otro tanto con la furgoneta?», pensé.

Estaba decidido a ponerme en acción en cuanto Jean estuviera en lugar seguro. Entretanto, yo había vendido mi «Rambler» y había comprado un «Chrysler» muy espacioso.

«Sade» estaba en una perrera, aguardando impaciente mi visita, pues no me había atrevido a dejarlo solo en el apartamento que había alquilado en la parte antigua de San Francisco, allá por Presidio Avenue.

Jean y yo vivimos en aquel lugar durante tres semanas. No había vuelto a producirse ningún incidente desagradable y yo empezaba a estar seguro de haber despistado a las personas responsables de los anteriores atentados.

La impaciencia, sin embargo, me desasosegaba. Finalmente, hablé a Jean:

—Voy a ausentarme durante unos días. No te inquietes, te llamaré por teléfono y volveré a reunirme contigo.

—¿Adónde vas? —preguntó, nerviosa.

—Debo buscarme un empleo. He gastado mucho desde que abandoné la prisión y no quiero verme en la miseria —fue mi vaga explicación.

—Tengo unos tres mil dólares en el Banco. Puedo prestártelos. Dentro de poco comenzaré a trabajar —se ofreció Jean, solícita.

—No. Yo arreglaré mis asuntos. Cuídate.

La besé en la mejilla y abandoné el apartamento.

Eran las once de la mañana y yo tenía muchas cosas que hacer. Conduje mi coche hasta Sacramento, donde lo dejé en un garaje, y alquilé un «Jeep». Poco después, alquilaba igualmente un equipo completo de hombre rana.

Tomé la carretera Noventa y Nueve y a las tres de la tarde me detenía en Chico. Comí unos bocadillos en un bar y volví a la carretera.

Finalmente, tuve que desviarme para tomar un camino forestal. A las cuatro alcanzaba la vía férrea. Rodé conduciendo el «jeep» por un caminito lateral, hasta encontrar la desviación de la antigua vía desmantelada, efectivamente cubierta de secos hierbajos e incluso

algunos arbustos.

Miré el cuentakilómetros del coche y avancé. Sumé cuidadosamente las distancias que Ben Karmel había citado en su relato y a las cuatro y media me detenía en medio del bosque, sobre las traviesas de hormigón.

Giré a la derecha y tomé, entre los árboles, el camino lógico que hubiera seguido el furgón «Ford» de Ravani. El terreno era accidentado y ascendía progresivamente hasta un elevado roquedal.

Por supuesto hube de rodear aquella elevación y continué hacia adelante, examinando con gran atención cada accidente del terreno.

Avancé otros cuatro kilómetros y, de repente me encontré a orillas del río Sacramento.

Bajé del coche y recorrí la orilla a lo largo de unos centenares de metros. Vi una mancha clara en un lugar profundo y me decidí a sumergirme.

No volví hasta el «jeep». Para comprobar si aquélla era la furgoneta que buscaba, no necesitaba el equipo de buceo. Así pues, me desnudé y me lancé al agua.

El vehículo yacía sobre un banco de arena dorada. Era un furgón «Ford». Su puerta trasera estaba abierta y el interior..., vacío.

Emergí arriba, rabioso, pero volví a zambullirme e incluso rastree bajo la arena.

Finalmente, me rendí a la evidencia: no había rastro de oro.

Desalentado, gané la orilla y me vestí rápidamente. Un surtidor de arena brotó entre mis pies y en seguida se oyó un estampido potente.

Alguien estaba disparándome con un rifle de caza mayor. Eché a correr vertiginosamente cuesta arriba, ansioso por llegar hasta el «jeep» y ponerme a salvo en el interior del bosque.

Los rabiosos abejorros de plomo me siguieron implacablemente. Caí varias veces y me herí las manos y los antebrazos.

De todas formas, mi oculto agresor no había logrado acertarme. Y el «jeep» estaba ya a poco menos de ochenta metros de distancia.

Tumbado en tierra, en el fondo de una leve depresión, recuperé el resuello y me lancé de nuevo a una desesperada carrera en zig-zag.

Todos mis esfuerzos fueron inútiles. Porque entre los árboles surgió fulminante un largo chorro de fuego que incendió

inmediatamente los arbustos y prendió en seguida el «jeep».

¡Estaban utilizando un lanzallamas!

Retrocedí aprisa porque la lengua ígnea llegó a rozarme los pies. Resbalé y rodé por un terraplén de unos quince metros de longitud, que terminaba al borde del río.

Aprovechando mi indecisión, el tipo del rifle volvió a disparar y una bala rozó en sedal mi brazo izquierdo.

Sólo tenía una solución, aunque desesperada: intentar escapar a través del río.

Di un salto y me zambullí. Nadando a cuatro metros bajo la superficie, podía advertir perfectamente el trazo burbujeante de las balas, por fortuna no demasiado certeras.

Mi herida del brazo sangraba profusamente y el dolor era lacerante, pero yo seguía nadando con brío hasta que mis pulmones estuvieron a punto de reventar.

Ascendí, respiré, ansioso, y torné a sumergirme.

En el centro del río, la corriente era poderosa y me arrastró con fuerza. Hubo una ocasión en que me sentí arrastrado por un remolino y descendí tan profundamente impulsado por aquella vorágine, que temí no volver jamás a la superficie.

Al fin, la propia potencia del torbellino me arrojó lejos y pude volver a respirar. A unos doscientos metros, aguas abajo, emergí junto a la orilla y comprobé que el bosque ardía fragorosamente al otro lado.

Me habían perdido de vista o quizá me creían muerto, pues no volví a oír las detonaciones del rifle.

Entonces salí a tierra firme y corrí hasta ocultarme entre los árboles.

Tuve que desgarrar mi camisa para vendarme la herida en sedal de mi brazo, de casi veinte centímetros de longitud.

Por fortuna, sabía más o menos mi posición. Dolorido, exhausto y rabioso, emprendí en seguida la marcha a campo través hasta que hacia las siete de la tarde alcancé la carretera Insterestatal número Cinco.

Miles de automóviles pasaron junto a mí sin recogerme. Al parecer, mi aspecto no inspiraba a sus conductores demasiada confianza.

Al oscurecer, un camionero me invitó a subir a su camión. Cerca

de medianoche, me dejó en una estación de servicio próxima a San Francisco e incluso tuvo la amabilidad de regalarme algunas monedas para que pudiera llamar por teléfono.

Jean vino a recogerme una hora después. Y al verme, se demudó.

—¡Frank! ¡Pareces un resucitado! —exclamó. Y se abrazó a mí y me besó convulsivamente.

Por el camino, le conté cuánto me había sucedido. Ella me miró con reproche y suplicó:

—¡Abandona ese asunto, por amor de Dios! Te matarán, estoy segura.

Pero yo me quedé dormido sobre el asiento.

CAPÍTULO XIII

A mediados de agosto, mi herida había cicatrizado.

Me quedaba poco dinero y me había vuelto retraído y huraño. Por otra parte, Jean se había ido a vivir a una residencia para solteras y la soledad me embargaba.

El día 17 de agosto, Jean se presentó en mi casa hacia las diez de la mañana. Me extrañó mucho que viniera a visitarme a aquellas horas, pues ella trabajaba desde hacía tres semanas en un Banco.

—¿Por qué has venido? —pregunté, hosco.

—Porque te quiero, Frank. Pretendo vivir cerca de ti y ayudarte con toda mi alma, sea como sea —dijo, con absoluta sinceridad.

Sus labios carnosos temblaban y sentí el acuciante deseo de besarlos apasionadamente, pero me contuve.

—¿Cómo podrías ayudarme? —pregunté, escéptico.

Abrió su bolso y sacó un mapa plegado.

—Con esto. Lo encontré el otro día entre las cosas que mi padre me envió hace tiempo. Hay un punto marcado con una cruz roja, entre Red Bluff y Sacramento. Tómalo, es tuyo.

Lo desplegué, curioso.

Se trataba de un excelente plano cartográfico, muy ampliado en los detalles, que abarcaba una gran área, comprendida entre las ciudades de San Francisco y Redding.

La cruz roja que Jean acababa de mencionar estaba entre la vía vieja del ferrocarril y el río. ¡Y precisamente en las estribaciones del monte rocoso que yo había rodeado con el «Jeep» en mi anterior excursión!

—¿Es importante? —preguntó Jean, anhelante.

—Creo que es la clave. Ahora lo comprendo... Sepultaron los lingotes en ese roquedal y posteriormente lanzaron el furgón al río, vacío, tal vez para fabricar una pista falsa.

—¿Qué piensas hacer?

—Alquilar un vehículo todo terreno y correr hacia allá —respondí, exaltado—. ¡No pretenderás que perdamos esa fortuna!

Jean me arrebató el plano de un veloz manotazo y retrocedió de un salto.

—Te lo devolveré con una condición —dijo, decidida—. Si no estás de acuerdo, lo destruiré antes de que puedas impedírmelo.

—Está bien —contemporicé—. ¿Qué te propones?

—Si entregas los lingotes a las autoridades, tendrás derecho a un diez por ciento del valor total. Tú has dicho que son cuarenta millones, lo cual supondría una compensación de cuatro millones de dólares. Con lo cual tendrías más que suficiente para resolver tus problemas económicos.

—¿Por qué haces todo esto? —grité, exasperado.

—Lo hago en memoria de mi padre. El fue un delincuente. No quiero que tú lo seas también... ¿Qué decides? —preguntó, vigilante.

—De acuerdo —cedí—. Será como tú quieras. Voy a prepararme. Ella me ofreció el mapa, pero me aferró las manos.

—¿Por qué hoy precisamente? El servicio meteorológico anuncia una gran borrasca desde el Pacífico. El tiempo está empeorando rápidamente —dijo.

—No tengo paciencia para esperar —contesté—. Iré hoy mismo.

—En ese caso, te acompaño.

—No es posible, correrías un gran peligro. Ya te dije que aquella zona está constantemente vigilada por hombres dispuestos a matar —argüí.

Pero no hubo forma de convencerla. Y así, una hora después, Jean, «Sade» y yo rodábamos a bordo de un gran «Dodge» todo terreno, hacia el Norte.

El viento zumbaba fuerte y el cielo estaba cubierto de negros nubarrones que se deslizaban raudos hacia el Este. Pronto comenzaría a diluviar, pues se avecinaba una de las clásicas tormentas de agosto.

Por fortuna, nosotros nos habíamos provisto de ropas impermeables y botas, amén de un rifle, provisiones y algunas herramientas.

Durante el camino, yo me preguntaba incesantemente quién o quiénes podrían ser las personas que habían intentado eliminarme

varias veces y que parecían estar perfectamente informados acerca del tesoro oculto en los alrededores del roquedal.

Todos los participantes en la operación Gold habían muerto, a excepción de Chad Grove, que estaba ciego, y jamás supo el lugar exacto donde Ravani y Karmel escondieran el fabuloso botín.

¿Cuál era la explicación, entonces? Como no disponía de ninguna respuesta válida, opté por dejar de pensar en ello.

En esta ocasión pensaba conducirme de forma más cauta. Abandonaríamos el automóvil en el bosque espeso y avanzaríamos, prevenidos, a pie, procurando hurtarnos a las miradas de cualquier observador.

A las cuatro de la tarde, el «Dodge» frenó entre los altísimos pinos rojos. Para entonces diluviaba ya y se sucedían fragorosos truenos que parecían ir a desgajar el firmamento.

Nos pusimos los impermeables, tomé el rifle y abandonamos el coche: Llevaba unos potentes prismáticos colgados al cuello y los utilicé para examinar cuidadosamente los alrededores.

La lluvia era tan densa que no permitía ver mucho más allá de cincuenta metros. Pero si yo no podía ver a los otros, ellos, en cualquier caso, tampoco nos verían a nosotros.

Metí el aparato en su tunda y abandonamos los pinos. Ascendimos cuesta arriba con gran cuidado, encorvados, hurtando nuestras siluetas a la mirada de cualquier posible espía.

La ascensión era muy dificultosa. Las rocas, húmedas, se tornaban muy resbaladizas y peligrosas.

Habíamos ascendido unos trescientos metros y jadeábamos por el esfuerzo. Nos detuvimos unos minutos para recuperar el aliento y consulté el mapa, protegiéndolo de la lluvia con mi impermeable.

—Estamos muy cerca de la cota señalada por la cruz —dije a Jean—. Unos sesenta u ochenta metros más y alcanzaremos el lugar marcado.

Eché un nuevo vistazo al desolado paraje, a través de los prismáticos. Cuando estuve seguro de que no existía peligro a la vista, proseguimos la ascensión.

El agua corría, torrencial, entre las rocas. De las alturas provenía un extraño y potente glu-glu.

Mientras subíamos, despacio, me preguntaba cómo diablos

habrían podido ascender hasta allí un furgón cargado con cinco toneladas de lingotes de oro.

La respuesta la tuve cuando unos minutos más tarde alcanzábamos una especie de plataforma rocosa. Desde allí se divisaba la falda sur del monte. Y del confín del bosque arrancaba una trocha natural, de escasa pendiente, que ascendía rodeando las laderas. Por allí sí podía haber subido el furgón de Charlie Ravani.

Agazapados sobre la roca, volvimos a oír aquel estruendoso rumor de aguas.

—Parece una gigantesca alcantarilla —susurró Jean, con el rostro arbolado por la fría lluvia.

El monte se elevaba aún unos seiscientos metros, pero nosotros nos hallábamos ya en la cota señalada por Ben Karmel. Rodeamos, pues, un gran macizo pétreo y seguimos hacia arriba.

Entonces comprendimos la causa que provocaba aquel fragor. Un torrente se despeñaba desde una profunda garganta y... ¡desaparecía formando torbellinos entre las rocas!

Poco a poco nos aproximamos a aquel lugar. El agua se precipitaba por un embudo abierto en la roca de medio metro escaso de diámetro.

Aqué! era justamente el punto señalado por una cruz roja en el plano.

El alma se me cayó a los pies. ¡Era imposible que un hombre medianamente corpulento pudiera penetrar por la estrecha galería excavada por las aguas en el seno de la piedra!

Me acerqué aún más con precauciones. El torrente era engullido por la galería en forma de chimenea, formando una espiral que permitía contemplar su insondable profundidad.

—¡Ravani estaba loco! —exclamé, colérico—. ¿Cómo se le ocurriría depositar su tesoro en un lugar de donde jamás podría rescatarlo?

Desde luego, para Karmel y Ravani habría sido fácil descargar cinco toneladas de lingotes a través de aquella galería. Pero ¿cómo recuperarlos?

Tomé a Jean de un brazo y volvimos sobre nuestros pasos. Jamás me he sentido tan desmoralizado y abatido como en aquel instante.

Dispuesto ya a volver cuanto antes, miré a través de los

prismáticos para asegurarme de que no sufriríamos ninguna sorpresa desagradable. Y dejé escapar una exclamación de asombro.

Trescientos metros más abajo, casi al pie del pedregoso monte, había dos vehículos. Uno era un «jeep», el otro un viejo camión «M. G. C.», desecho del ejército.

Aquellos dos vehículos no estaban allí cuando nosotros ascendimos, de ello estaba seguro. Lo cual significaba que habían llegado mientras nosotros examinábamos el insólito sifón que engullía el torrente.

Es más: acababan de llegar porque dos hombres se apearon en aquel momento del camión. A través de las lentes, pude comprobar que se trataba de dos hombres jóvenes, muy morenos.

Del «jeep» descendieron otras tres personas. Una mujer de mediana edad, un caballero de unos cincuenta años, de cabellos canosos y... ¡Charlie Ravani!

Tragué saliva, incrédulo. ¿Cómo era posible?

Yo había visto docenas de fotografías de Ravani en la hemeroteca y no podía engañarme. Gradué las lentes para aproximar la visión y comprobé que no era ninguna alucinación: aquel hombre era Ravani.

Tenía una expresión lejana, indiferente, y en su frente se podían apreciar unas desagradables cicatrices.

El hombre del cabello gris estaba dando instrucciones a los dos jóvenes, que subieron bajo el toldo del camión y comenzaron a descargar unos treinta contenedores metálicos.

Asistí a lo que ocurrió entonces, con el ánimo suspenso. El hombre de los cabellos grises —más tarde sabríamos que se trataba del doctor Paul Grayman— sacó de su chaquetón de cuero una pistola ametralladora y disparó una ráfaga contra los dos jóvenes que se encontraban de espaldas.

Cedí los prismáticos a Jean, que miró ansiosamente a través de las lentes, y me los devolvió aterrada.

—Un frío y calculado asesinato —dijo, estremecida.

La mujer volvió al «jeep», mientras Ravani y el doctor Grayman desaparecían a nuestros pies, entre los matorrales. ¿Una gruta?

Era una gruta, en efecto, cuya entrada quedaba perfectamente oculta por los arbustos y matorrales.

Jean y yo descendimos, dando un gran rodeo. Ya abajo, dejé a Jean tras la protección del camión y avancé, cuerpo a tierra, hacia el «jeep».

Pasé entre los cuerpos de los dos jóvenes acribillados que, boca arriba, recibían el azote de la lluvia en sus rostros lampiños.

A la altura de la portezuela izquierda del «jeep», me incorporé de un salto, aferré la manilla de la puerta y tiré con fuerza, tras lo cual puse el cañón de mi rifle sobre la barbilla de la mujer, que se agitó, sobresaltada.

—Moll Richards, supongo —dije, irónico.

—¿Me conoce? —exclamó ella, asombrada.

Llamé a Jean y los dos nos guarecimos dentro del «jeep», a espaldas de Moll Richards, a la que até rápidamente de manos y piernas.

No tuve que presionarla mucho para que me contase todo lo que yo no sabía.

La historia era muy simple: Jack Daffie le había hablado del oro de la compañía Gold Californian antes de que Ravani le hiciera castrar por el doctor Grayman.

La codicia se desató en el corazón de la amante del *gángster* que se puso al habla con Grayman poco después de que Daffie se dinamitase a sí mismo en alta mar.

—Grayman vendería su alma por el oro. Charlie estaba loco y había perdido la memoria, por lo que Grayman trató de convencer a Karmel, ya en prisión, para que revelase el escondrijo del botín, a cambio de la libertad y una parte del oro. Pero Karmel era perro viejo y no se fió de nuestras promesas.

—Dígame, Moll —dije, curioso—. ¿Por qué me metieron diez mil dólares en el bolsillo y poco después se empeñaban en asesinarme?

—Teníamos espías en la cárcel que vigilaban constantemente a Karmel. Sabíamos que usted era amigo de confianza de éste y supusimos que usted podría saber algo acerca del escondrijo del oro. Le dimos el dinero para que pudiera moverse a gusto, ya que usted no lo sabía todo acerca del asunto. Pero Grayman cambió bruscamente de parecer. No quería intrusos alrededor de *su* tesoro.

Cuando Karmel se negó a hablar, Grayman ingresó a Ravani en el centro psiquiátrico donde él mismo trabajaba. Una noche,

Grayman inyectó una solución paralizante a Ravani. La enfermera descubrió a Charlie, rígido y frío y llamó al médico de guardia... que era Grayman, por supuesto.

—Grayman firmó el certificado de defunción y yo me hice cargo del «cadáver» —confesó Moll—. Charlie fue reanimado poco después en el discreto chalé que alquilamos en Modesto. Sin embargo, quedaba por conseguir lo más importante, extraer del cerebro de Ravani el dato que necesitábamos.

Durante años enteros, Grayman había experimentado en Charlie un gran número de drogas con el fin de conseguir la confesión que buscaba. Todas las drogas y tratamientos habían ido fallando, con el único efecto secundario de alterar monstruosamente al pobre Ravani.

—Inesperadamente, anoche, tras de que Grayman le administrara un nuevo inyectable, Charlie comenzó a hablar de corrido. Decidimos venir inmediatamente, ponernos en camino en cuanto amaneciese. Y aquí estamos. Charlie y el doctor Grayman han penetrado en esa caverna, donde Ravani asegura está el oro...

—Grayman elimínala a Charlie en cuanto tenga el botín —insinué a Moll.

—Si —confesó, cínica—. Para nada le necesitaremos ya.

—Lo que tú ignoras, pobre Moll Richards, es que tampoco Grayman te necesitará a ti entonces —dije.

Y Moll palideció.

Poco después, Jean y yo penetramos en la gruta, portando dos linternas. Apenas habíamos traspasado la bajísima entrada, resonó un gruñido a nuestras espaldas, que me obligó a volverme de un brinco con el rifle preparado.

¡Era «Sade»! El pobre animal se había cansado de esperar y había escapado del «Dodge» para correr a nuestro encuentro.

La galería ascendía suavemente a lo largo de más de doscientos metros, para descender a partir de allí con gran pendiente.

Una tromba de agua nos cortó el paso unos cien metros más allá. Retrocedimos apresuradamente con el pánico plasmado en nuestros rostros.

Al fin, ganamos la salida y respiramos, jadeantes.

Dentro del «jeep», Moll nos interrogó con la mirada.

—Grayman y Ravani no volverán jamás —declaré—. La gruta se

ha anegado y la corriente habrá arrastrado sus cuerpos hasta algún lugar remoto.

Moll no respondió. Se limitó a apretar los labios hasta hacerse sangre.

Puse el «jeep» en marcha y rodamos despacio hasta el «Dodge». Yo ya había tomado mi decisión: entrevistarme con el delegado del Departamento del Tesoro en San Francisco.

La entrada a la gruta estuvo bajo fuerte vigilancia policial hasta una semana después, en que un grupo de espeleólogos penetró en su seno.

Tuvieron que utilizar un pequeño tractor eléctrico para extraer dos mil quinientos lingotes de oro, de dos kilos cada uno. Los cadáveres de Grayman y Ravani fueron hallados a más de dos kilómetros de distancia, en las profundidades de la complicada gruta.

—Es curioso —me dijo John Madison, del Departamento del Tesoro—. Los dos cadáveres estaban firmemente abrazados. Hemos llegado a la conclusión de que la tromba de agua los arrastró. Ravani no sabía nadar. Desesperadamente, debió agarrarse al cuello del médico y... lo estranguló antes de que el agua penetrara en sus pulmones.

Aquella era la opinión de Madison. Pero las cosas podían haber ocurrido de modo muy diferente, aunque nadie pudiera asegurarlo. Mi opinión era que Ravani había estrangulado al hombre que se había servido de él como un conejillo de indias, experimentando en él toda suerte de drogas perniciosas.

La borrasca se había alejado días atrás y el sol lucía brillante en lo alto. Madison me había dicho que, pocos días después, tras unas breves diligencias, yo podría disponer de cuatro millones de dólares.

Jean y yo estábamos sobrando en aquel lugar, por lo que, después de despedirnos de Madison, emprendimos el regreso a San Francisco.

Rodábamos ya por la carretera cuando de repente pisé el freno a fondo, me desvié a la derecha hasta alcanzar un caminito, abracé a Jean y la besé en la boca con un fervor indescriptible.

—Punto final a la Operación Gold —dije.

Detrás de nosotros. «Sade» lanzó un alegre ladrido.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

[1] Litros, en la jerga habitual de los presidiarios. < <

[2] Tarjetas de cartulina que se utilizan en la cárcel como dinero.
< <

[3] Sucesión de interrogatorios, en la jerga penitenciaria. < <

[4] Norteamericanos de origen mexicano, viajes de hasta quinientos kilómetros para visitar en la cárcel a alguno de sus familiares presos. < <

[5] Licor dentífrico. < <

[6] Alusión a la galería de la muerte, la dependencia de las prisiones norteamericanas, donde esperan la ejecución de la última pena los condenados de EE. UU. < <

[7] «Suerte Dorada», en inglés. < <